

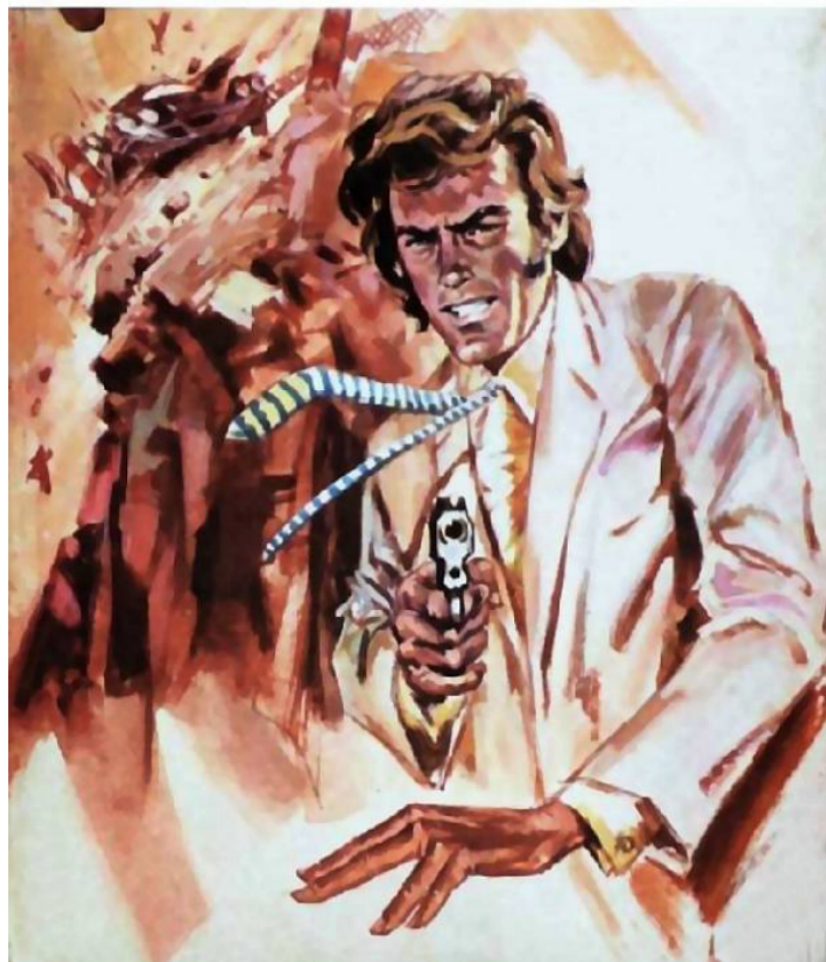
BOLSIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

CASUALIDAD

vic logan



SS

SERVICIO SECRETO



VIC LOGAN

CASUALIDAD

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.163

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUCUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

Depósito legal: B. 38.609 -1972
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: noviembre, 1972

© VIC LOGAN-1972
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCÍA-1972
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.149 - Descapotable peligroso.

En Colección **PUNTO ROJO:**

547 - El juego del toma y daca.

En Colección **ASES DEL OESTE:**

652 - El último en reír.

En Colección **SALVAJE TEXAS:**

864 - Un largo viaje para morir.

En Colección **KANSAS:**

741 - Cuatro para un rescate.

En Colección **BRAVO OESTE:**

584 - Pareja de damas para el vaquero.

En Colección **CALIFORNIA:**

798 - En legítima defensa.

En Colección **COLORADO:**

766 - Los salvajes de Nuevo México.

CAPÍTULO PRIMERO

Viernes, 22 horas.

Sandra descendió del coche gris, frente a la zona ajardinada de los chalets residenciales de St. Pascal.

—¿De veras no puedes quedarte cinco minutos? —preguntó, a través de la ventanilla. El hombre, desde el interior, respondió con una negativa:

—Lo siento, querida. No me conviertas en un desertor.

El rostro de Sandra se iluminó:

—¡Oh! *Mon petit*. Soy una egoísta...

Él susurró algo que ella agradeció ampliando su sonrisa. Luego, los labios del hombre asomaron a través de la ventanilla, y ella acercó los suyos para recibir y dar el beso.

El coche gris arrancó, y Sandra agitó la mano graciosamente.

—¡Hasta mañana! Voy a pasarme todo el fin de semana en casa —gritó como si tratara de recordarlo al hombre que, frente al volante, se alejaba de su casa.

Dio una vuelta sobre sí misma, alegre, como si bailara un viejo vals, al compás de una música inexistente.

Mientras giraba y giraba por el corredor de piedra entre la zona de césped y setos, avanzaba hacia la puerta del chalet.

Era una vivienda como todas las de la zona. Un lugar tranquilo, donde era posible aún respirar el aire puro que, en la ciudad, los coches habían transformado, con su pestilente olor a gasolina, a aceite quemado.

—¡La, la la la la, la la...! —Tarareaba el *Vals de las olas*. Soñaba. Era feliz, dentro del liviano vestido verde claro, la falda corta, la blusa vaporosa y la fragante primavera con el olor a tierra húmeda como fondo.

De pronto, en la última vuelta, ahogó un grito de espanto... Se asustó. Le asustó la presencia de alguien ignorado hasta aquel

momento.

Era un hombre que la cogió con sus brazos, posándolos sobre sus hombros.

—¡George! —exclamó ella, reaccionando.

—¡Sandra! ¡Sandra! Te he estado esperando —susurró él, con enamorado frenesí.

—¡George! Me has asustado... ¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres?

—¡Te amo, Sandra! ¡Te amo! No me resigno a perderte.

Y George, un hombre alto, fuerte, bien parecido físicamente y joven, la atenazó con más fuerza.

—¿Me oyes, Sandra? Te amo... No puedo resignarme a perderte.

—¡Oh, George! Déjame. Por favor, déjame. Lo nuestro se acabó. Creí que lo habías comprendido...

Pero él acercó su boca a la de la joven, que le rehuía.

—No, Sandra, no... Lo nuestro no puede terminar sólo porque tú...

—¡Basta! —exclamó ella, tratando de desasirse de la presión cada vez mayor del amante frustrado.

Los tacones altos de la mujer tropezaron con una de las piedras que decoraban el césped. Él la sujetó para que no se cayera, y continuó con sus intentos de atraerla hacia sí. De posar su boca sobre aquellos sensuales labios de la muchacha.

—Te adoro —susurró él, embriagado de amor, de alcohol, quizá, también.

—No, no...

Consiguió dominarla, tenderla sobre el césped, no con intención de hacerlo, sino porque ella dobló la rodilla por la fuerza de la presión del hombre. Luego, los dos rodaron por la húmeda hierba.

Ella jadeaba, tratando de zafarse de aquel acoso imposible de dominar, de reprimir.

George jadeaba también, pero era la pasión, el deseo, la lujuria acoso.

La falda de Sandra revoloteaba, corriéndose hacia arriba, haciendo a la muchacha más bellamente tentadora aún.

—¡Sandra! —exclamó él, intentando poseerla en un apasionado beso que consiguió dar.

Ella se debatía, respiraba con dificultad ante aquel ataque arrollador, implacable.

—No me huyas, Sandra. Escúchame, escúchame...

Ella consiguió incorporarse, dejando un jirón de su falda sobre la hierba húmeda.

Él se levantó de un salto, tratando de perseguirla. Y la alcanzó.

Forcejearon.

—¡Por favor, George! ¡Déjame! Ya no significas nada para mí. Intenta comprenderlo. Ya no significas nada para mí...

—¡Galla!

Continuó la sorda lucha. Fue breve. George trató de sujetar a la muchacha. Ella le empujó. George se encolerizó por aquel continuo rechazo de su amada, y trató de golpearla.

—¡No te consiento tus desplantes! ¡No eres más que una niña mimada! ¡Vas a saber quién soy yo...! ¡Vas a saber lo que es un hombre de verdad!

La golpeó en el rostro. Ella intentó correr, pero George la sujetó de nuevo, y volvieron a forcejear cerca de los parterres de roca.

Sandra resbaló, pero George, frenético en su intento de venganza, la empujó con violencia. Todo formaba parte de aquel juego, que dictaba la pasión del hombre.

La muchacha trastabilló. Intentó mantener el equilibrio, pero acabó cayendo hacia atrás.

Había tropezado con una de las piedras decorativas que sobresalían del césped y, en su caída, la cabeza se dio contra el canto de una roca de las que formaban parte del parterre.

Quedó con los ojos abiertos.

—¡Sandra, amor mío! Te adoro, te adoro... Y tienes que ser mía. Sólo mía. ¿Comprendes?

George calló. Alarmado, observó fijamente a la muchacha...

—¡Sandra! —exclamó, en un susurro.

Luego, levantó la voz, llamándola de nuevo, pero ella permanecía en la misma posición.

—¡Sandra! Contesta... Contesta.

No. Ella no contestó. Parecía que siguiera mirándole, con la boca medio abierta, con los ojos fijos.

—¡Sandra! —El grito de George fue como una muestra del pánico que comenzaba a sentir.

Aquella inmovilidad... Aquella mirada fija.

Era fácil de comprender, aun sin auscultarla... aun sin tomarle el

pulso. ¡Sandra estaba muerta!

CAPÍTULO II

A la misma hora.

Si la decoración de los hogares responde al espíritu, carácter, o forma de vivir de las personas que los ocupan, la del juez Marais hacía honor a tal aseveración.

Todo era regio en la casa. Regio y severo. Severo y elegante, aunque chocara un tanto con los gustos de la nueva ola, de los últimos días de la primavera de 1972.

El salón, el comedor, la biblioteca... Todo en tonos oscuros, con una iluminación a base de pesadas lámparas de pie, costosas, aunque opacas. Todo hacía juego, y más, el despacho.

Una habitación grande, con la mesa al fondo y pesados cortinajes de terciopelo marrón, que privaban la entrada de toda luz exterior.

Allí, tras la mesa, permanecía el juez Marais, examinando unos pliegos. Un sumario.

Entró su esposa, la señora Marais, y él pareció ignorarla, abstraído en su lectura.

—David... —empezó ella.

El juez levantó la mirada y aprovechó el inciso para quitarse las gafas que añadían nobleza a su rostro, y las limpió con una pequeña gamuza.

—Ve a acostarte, Claire. Todavía voy a quedarme un rato —murmuró, mientras sacaba brillo a los cristales.

—David... Te pasas las horas repasando el sumario. ¡Por Dios, David! ¿Qué es lo que te preocupa?

—La vida de un hombre, Claire. La vida de un hombre —suspiró el juez, con acento grave.

—¿Vas a condenarle? —inquirió ella.

—No depende sólo de mí...

—David... Es un muchacho joven, ¿verdad?

—Sí. Lo es, pero mató. El fiscal pide su cabeza. En Francia no hemos abolido la pena de muerte.

—David, tú...

—Yo nunca he condenado por placer, Claire.

—Lo sé, pero...

—No me gusta discutir estas cosas contigo. No pertenecen al ámbito familiar. Anda, Claire... Vete a acostar. Tardaré cosa de una hora.

—Sé que luchas contigo mismo, David... Dicen que eres un juez severo. Yo sé que cumples siempre con tu deber, y que te atormenta el pensar que debes enviar a un hombre a la guillotina... David... ¿Por qué no te retiras? No te lo digo porque te considere viejo, pero sé que sufres...

—Cada cual debe sufrir lo suyo Claire. A lo que se ha comprometido. No hay trabajo fácil, si se quiere desempeñar con honradez. Anda... No te inquietes por mí. Esto es lo mío. Mi trabajo... Y con honradez, trato de cumplirlo... A veces, es duro. Muy duro, pero la ley es la ley. No se pueden hacer excepciones. No sería digno de quien pretende ser justo.

Ella iba a decir algo, pero se limitó a acercarse al esposo y besarle en la mejilla.

—Buenas noches —susurró.

Él le contestó quedamente, y luego se encasquilló de nuevo las gafas para volver a enfrascarse en el sumario.

Claire Marais salió del despacho y fue a la biblioteca, en busca de un libro. Sin querer, los ojos de la esposa del juez tropezaron con un ejemplar cuyo contenido sabía de memoria.

Se titulaba: Por qué es necesaria la pena de muerte.

El autor de aquel volumen era el juez David Marais. Su propio esposo.

Ella pareció perder totalmente las ganas de leer, y se dirigió hacia su habitación.

Diez minutos más tarde.

George retrocedió, aterrado, ante el cuerpo de Sandra, que seguía en el suelo, con los ojos abiertos, inmóvil.

Tropezó varias veces, en su retirada casi furtiva.

Se volvió definitivamente para correr entre el césped y alcanzar la inmediata esquina. Allí tenía aparcado su coche, junto a la acera.

Un descapotable rojo chillón.

Se metió en él, y arrancó inmediatamente.

No había nadie en los alrededores. Si pasó alguien, tampoco pudo advertirlo, dado su nerviosismo.

En aquellos momentos, George sólo pensaba en huir, en encontrarse lejos, muy lejos de allí.

Las calles estaban solitarias. El fin de semana era aprovechado por muchos para cambiar de ambiente, para dirigirse a los pueblos cercanos, a las residencias de recreo. Aquello podía favorecerle, pensó.

Aminoró la marcha de su automóvil al acercarse a las luces que anunciaban la proximidad de la zona urbana. Trató de serenarse, e instintivamente arregló sus ropas deportivas. Un jersey cuello cisne, con manchas verdes, del césped, de la tierra...

Se alisó el cabello, largo, que colgaba más bajo del cogote. Y se enjugó el sudor con un pañuelo.

Por fin detuvo el vehículo ante el primer bar que encontró a su paso. Era un establecimiento con un pequeño luminoso rojo, que anunciaba:

La Nuit de l'amour

Era un café *dancing*.

El título significaba el anuncio del espectáculo.

En el interior, luces rojas, azules, amortiguadas, por estar colocadas de forma indirecta.

Era uno de esos bares estilo americano, donde la gente entra para emborracharse, o acaso un bar típico francés, donde el cliente espera a una muchacha que acuda a su lado a beber con él y a escuchar sus penas.

George no deseaba ni una cosa ni la otra.

—Un coñac doble —pidió—. Cualquier marca. Y el teléfono...

Una camarera le indicó la cabina. Estaba junto a la escalerilla que arrancaba hacia el sótano, donde se anunciaba el *show*:

Carmina et ses hôtéses

Se metió en la cabina y, con el índice tembloroso, marcó un número.

—¡Albert! ¿Eres tú, Albert? Soy George... ¡George! ¡Oh! Creí que no iba a encontrarte... Escucha, Albert. Estoy en un apuro. En un terrible apuro. Necesito tu ayuda.

Tras escuchar a su interlocutor a través del hilo, repuso:

—Sí, sí... Enseguida voy para tu casa. Ahora mismo.

CAPÍTULO III

22'30 del mismo viernes.

El inspector Serge Marten permaneció con el auricular pegado a la oreja, por espacio de dos minutos.

—Cuelgue, jefe —sonrió su ayudante Day.

Serge colgó, aunque no fue por la indicación de su ayudante, sino porque comprendió que nadie iba a responder a aquella llamada.

Day añadió:

—La chica debe valer lo suyo. ¿Eh, jefe? Es la tercera vez que la llama por teléfono.

—¿Por qué no cierras la boca, Day? —espetó Serge.

Era un inspector joven. Había llegado al lugar que ocupaba gracias a una brillante hoja de servicios, donde constaba que en más de una ocasión tuvo que jugarse la vida. El premio estaba en el prestigio adquirido. Nadie, en Francia, que siguiera medianamente las crónicas policíacas, ignoraba quién era Serge Marten.

Day no era tan conocido, y podía serlo, cuanto menos, por su oronda humanidad. Day, siendo joven, sobrepasaba algo el centenar de kilos, y esto no es muy corriente en un policía.

—No se enfade, jefe. Ésta es una noche tranquila, y, por mí, que lo siga siendo. Cuando nos toca guardia, siempre ocurre algo.

—Anda, ve a tomar un bocadillo, o los que te apetezcan.

—No se habrá molestado en serio, ¿verdad?

Serge no contestó.

—Perdone, jefe... Es que le veo preocupado.

—Hace media hora que he dejado a Sandra. La he dejado frente a su casa. ¿Por qué no contesta?

—Se habrá dormido —sonrió Day, levantando los hombros.

—No. No es posible. Sandra suele ducharse o tomar un baño antes de acostarse...

Day sonrió.

—Usted lo sabe bien, ¿eh, jefe? Eso quiere decir que la conoce...

—¡Calla, estúpido! Esta chica va en serio. ¿Entiendes? Nada de bromas...

—Perdone, perdone, jefe... Si quiere... Puedo acercarme a su casa.

—No, déjalo. Si no contesta, iré yo. No me gusta esto.

Serge estaba realmente preocupado.

22,40 del mismo día.

El descapotable de George se detenía en el número ochenta y cuatro de la rue Antoine Barodoux.

Era un edificio de apartamentos, moderno. Nada tenía que ver con el clasicismo francés. Grandes terrazas, construcción de aluminio y cristal, y doce plantas de altura.

George se acercó al portal, y llamó insistentemente al timbre correspondiente a la planta

10-B.

La puerta se abrió casi instantáneamente, produciendo un zumbido metálico.

Un rápido ascensor sin puertas interiores dejó al joven en el rellano de la planta décima.

Había una puerta a cada lado del breve corredor. La designada con la letra «A» permanecía abierta, y en el umbral se hallaba un hombre... Era joven, casi tanto como George, pero sin largas melenas. Era un tipo normal, corriente, y vestía con pantalón de pana y jersey grueso de lana, llevaba puestas unas botas de montaña.

—¿De dónde diablos sales? ¿Qué es esto tan urgente? Anda, pasa...

George entró en la casa, que parecía conocer al dedillo, y lanzó un suspiro frente al moderno bar particular del propietario de la morada.

—Dame un coñac. En vaso... Necesito un buen traigo —pidió, cuando su amigo, tras cerrar la puerta, se reunió con él en la confortable y moderna sala, decorada con tonos blancos.

Era una estancia amplia, acogedora, pese a la frialdad de sus muebles funcionales. Existía en ella la impronta de un buen maestro decorador.

Había un diploma en la pared, que concedía el título profesional de decoración a favor de Albert Fontain.

Albert era el amigo de George, el que servía el coñac, que luego tomó de un trago el recién llegado.

Ante aquel deseo irrefrenable de beber, Albert, antes de hacer preguntas, sirvió otra dosis fuerte de *Croizet* de 40.^o, de graduación alcohólica.

Tras haber trasegado su segundo vaso, George murmuró:

—Tienes que ayudarme, Albert... Acabo de cometer un crimen.

Albert miró fijamente a su amigo, que se derrumbó sobre una de las confortables butacas de espuma de nylon.

22,50 de la misma noche.

El inspector Serge Marten condujo su automóvil por las desiertas calles hasta enfilarse en la zona de las afueras, donde cincuenta minutos antes había dejado a su prometida, Sandra.

Dobló la última esquina del bien iluminado bulevar para entrar en la calle donde se hallaba el chalet en que habitaba la muchacha.

Detuvo el automóvil. Salió y echó un vistazo en derredor, comprobando el mismo silencio que reinaba cuando dejó a Sandra, diciéndole adiós.

Miró hacia el césped.

Al fondo estaba el chalet, pintado de blanco, con la luz de la puerta encendida bajo la marquesina.

Avanzó por el sendero formado de piedras y bordeado de hierba.

Se detuvo, tras cruzar el primer seto.

Durante un segundo, permaneció inmóvil, sorprendido, a pesar de su condición de policía.

Allí, en el suelo, había un cuerpo femenino, con la falda revoloteando ligeramente por la brisa.

¡Era ella!

Lo supo, aun sin verle el rostro.

Era Sandra.

Un minuto más tarde, comprobó que estaba muerta.

Simultáneamente...

—Esto es todo lo que ha ocurrido. Te juro que no te he ocultado nada —dijo George, tras concluir el relato de los hechos, ante Albert, que había escuchado en silencio.

Durante otro minuto, Albert jugueteó con el vaso que tenía en la mano. Al fin, repuso:

—Bien... ¿Sabe alguien que estuviste con ella?

—No... No lo sabe nadie... Sandra y yo rompimos hace un mes, pero no podía soportarlo. Sus desplantes, su volubilidad...

—No me cuentes detalles... Lo importante, ahora, es buscarte una buena coartada. Déjalo de mi cuenta. Te sacaré de este lío. No debes preocuparte por nada...

Y los dos amigos se quedaron mirando, en el más absoluto de los silencios.

CAPÍTULO IV

Sábado, 1 de la madrugada.

La casa de campo de Albert estaba situada en pleno bosque. La tortuosa carretera que serpenteaba la zona necesitaba una buena reparación y protección en las curvas, por lo que la marcha no podía realizarse con demasiada rapidez.

Una vez doblado el sendero que conducía al refugio, la paz parecía acentuarse.

El único ruido era el torrente, con la caída de la cascada.

—El abuelo tenía el sentido de la anticipación —dijo bromeando Albert, dando las luces de la casa—. Le llamaban loco por haber construido ese refugio en el lugar más solitario de Francia, pero él decía siempre que le gustaba pescar para sí, no para participar en concursos ni decir a los amigos que iba a pescar. Bueno... Yo he modificado un poco todo esto... Para traer a una chica aquí, no se puede vivir con el gusto de principios de siglo... Pero ¡qué te cuento! Tú ya has estado aquí otras veces...

George se dejó caer en el diván frente al hogar, que permanecía apagado.

Su amigo encendió una lámpara roja, que simulaba la lumbre encendida.

—En invierno tengo estufas de gas. Son más prácticas. Una en la sala, otra en la cocina y otra en el dormitorio. El hogar es simplemente decorativo. La verdad es que, si no se utiliza con frecuencia, la casa se llena de humo. Sólo en las películas funcionan esas cosas... Bueno... Tranquilízate, hombre. Aquí también tengo *Croizet*.

—No, déjalo —suspiró George.

—¿Sigues asustado?

George se encogió de hombros.

—Por el camino, ya te he explicado lo que tienes que decir, en

caso de que te pregunten...

—Me preguntarán... Conozco a Serge Marten. Es implacable...

—¡También es mala suerte quitar de en medio a la novia de un inspector de policía!

—¡Era mi novia! —protestó George.

—Pero te dejó, ¿no? Ya no erais nada...

—Yo quería...

—Tú sólo querías desquitarte. Te dio calabazas, y pensabas jugársela al policía, ¿no es eso?

—Nunca me ha dejado ninguna mujer. ¿Sabes? No podía soportarlo... ¡Y con Serge Marten por medio, menos!

—¿Qué tienes contra Serge?

—Fuimos juntos a la Universidad... No creas que él fuera ningún superdotado, pero tenía suerte siempre. ¡Siempre la tuvo!

—Tranquilo. En esta... especie de juego... no podrás vencerte. Yo te ayudo... ¿Recuerdas lo que te dije por el camino? —Sonrió compasivamente—. ¡Oh, no! Seguro que ni me escuchaste siquiera...

George asintió.

—Sí, sí... Tengo que decir que hemos estado juntos desde...

—Desde las siete y media. ¿A qué hora saliste de casa? ¿Las siete?

—Sí.

—Pues bien. A las siete y media llegaste a mi casa, y enseguida nos marchamos al refugio... Los dos solos. Puedes citarme como testigo, y no temas. Yo diré exactamente lo mismo. Luego... siempre hemos estado juntos... Tu coche está delante de mi casa. Estuvo allí siempre...

—Pero...

—No te preocupes. Nadie dirá lo contrario. Nadie lo ha visto. El conserje del edificio apenas está. Ni siquiera se habrá dado cuenta. Además, está mi palabra, y, lo creas o no, vale mucho. Tengo... ejem... cierto prestigio... Así que... no pienses más en ese... «accidente».

—Fue un accidente, Albert. Yo no quería matarla... Sé que me enfurecí, que sus negativas me sacaron de quicio, pero no quería matarla. No quería hacerlo.

—Claro, hombre. ¡Anda! Tomemos un *whisky*. Entona más que el

coñac. ¿No crees? Luego, pondremos música y... olvidaremos... Yo ya lo he olvidado todo por completo. No me has contado nada. Absolutamente nada.

Has estado conmigo desde las siete y media... Caso resuelto. ¡Música, maestro!

Conectó un estereofónico, que enseguida ofreció un ambiente musical, en toda la estancia. Una música propia de local refinado, perfectamente graduada, acariciaba los oídos.

Albert puso una luz tenue. Impropia de lo que quería ser sólo un refugio, pero que en realidad era todo fruto de una magnífica decoración.

Los dos amigos bebieron a placer. Albert volvió a llenar el vaso de George.

—¡Por la vida! ¡Por las chicas! ¡Las que no causan problemas!

George aceptó el brindis, y volvió a beber.

La música seguía y la botella de *whisky* se vació en poco tiempo.

George casi llegó a pensar que, de verdad, no había ocurrido absolutamente nada.

Albert, casi tambaleándose, descorchó una segunda botella.

—¡Por la vida, muchacho! ¿Por qué diablos unos cuantos hijos de perra se empeñan de complicárnosla?

—¡Por la vida! —brindó George, casi completamente ebrio.

—El golpe ha sido mortal de necesidad —sentenció el forense—. Tiene una ligera incisión, provocada con algo cortante. Una piedra. Tenía incrustaciones en la cabeza. Murió instantáneamente.

Serge Marten cubrió con el lienzo el cuerpo de la muchacha, y se pasó la mano derecha por el rostro.

—Lo siento —añadió el forense—. Pero... nada se hubiese podido hacer, aunque usted hubiera llegado antes.

—Tenía la ropa hecha jirones... —musitó el policía.

—No hay síntomas de violación. Lo he mirado. Quiero decir... contacto reciente. Ya me entiende. Ejem... Bueno... No hay duda de que hubo lucha. Existen pruebas de ello.

Luego... lo que pasó... ya no es cosa mía.

—La mataron. Eso es lo que ocurrió. Alguien forcejeó con ella. Seguramente, se dio un golpe en la rocalla del parterre... Y... ¡Estoy seguro de quién lo hizo!

Y el joven inspector Serge Marten salió del depósito, con una

idea fija y con un nombre en su mente: George.

George... El exnovio de la muchacha.

CAPÍTULO V

2 de la madrugada del sábado.

—No. George no está en casa... Pero ¿quién le llama? — preguntó la señora Marais.

—Perdone que le moleste, señora. Soy Serge Marten.

—¿Serge Marten? —inquirió la señora Marais, esposa del juez—. ¿Es usted el inspector Marten?

—Sí, sí, señora.

—¿Es que le ha pasado algo a mi hijo? —preguntó la esposa del juez.

Y el juez salió del baño. Iba a acostarse, cuando sorprendió a su esposa hablando por teléfono.

Permaneció junto a ella, dejándola que terminara la conversación que sostenía a través del hilo telefónico.

El inspector Marten, desde su despacho, negó con la cabeza, al tiempo que decía:

—No, no, señora. Que yo sepa, nada ha ocurrido a su hijo, pero dígame, por favor... ¿Cuándo salió de su casa?

—Pues no sé... Estuvo aquí un momento, y... —Vaciló y miró hacia su marido, informando—. Es el inspector Serge Marten.

El juez hizo un ademán, queriendo indicar que sería él quien contestara al policía.

La mujer indicó:

—Quiere saber a qué hora estuvo aquí George.

El juez, con su recia apostura, en pie, junto a la cama, colocó el auricular junto a la oreja.

—Marten. Soy David Marais. ¿Qué es lo que ocurre?

El policía carraspeó. Conocía al juez, su adustez, su frialdad.

—Perdone, señor... Sólo preguntaba por su hijo.

—No suelo ir detrás de George. No sé dónde está. No me da cuenta de su vida privada. Lo único que puedo indicarle es lo que

me dijo: que iría a pasar fuera este fin de semana. Supongo que debe tratarse de algo muy importante para que llame usted a estas horas.

—Pues... sí. Es importante. Para mí, lo es.

—Explíquese, Marten —requirió el juez.

—Bueno. Primero preferiría hablar con su hijo, señor.

—Puesto que ha llamado a mi casa, y ha preguntado por George en hora tan intempestiva, supongo que tengo derecho a saber de qué se trata.

El policía lanzó un bufido. Al fin, tras unos minutos de silencio y vacilación, explicó:

—La señorita Sandra Lemon ha muerto esta noche. Más o menos, sobre las diez. Quería saber sí... si su hijo la había visto. Nada más que esto.

—¿La señorita...?

—Sandra Lemon... Creo que usted conoce a la familia Lemon, señor.

—Sí. Claro que los conozco. Pierre Lemon es un buen amigo mío. Pero... ¿qué tiene que ver George en todo esto?

—No lo sé, señor...

—Entonces, si no lo sabe, ¿por qué demonios llama usted a estas horas, Marten?

—Perdone, señor. Siento haberle importunado. Era con su hijo con quién quería hablar.

—Pues tendrá que esperar hasta el lunes.

—Sí, señor.

—¡Marten!

—¡Señor!

—¿Cómo ha muerto la hija de Pierre?

—Sostuvo una lucha con alguien, en el jardín de su casa. Debíó ocurrir poco después que yo la dejara. Es evidente que no entró para nada en su domicilio, donde no hay nadie...

—Lo imagino. Esta tarde estuve con Pierre, y me dijo que iría a pasar el fin de semana en la costa...

—Sí. Eso mismo me dijo... Sandra.

—¡Marten! Usted dice que la dejó más o menos a la hora en que Sandra murió. ¿Es así?

—Sí, señor.

—¿Y a qué hora supone que mi hijo pudo verla?

—No lo sé, señor. Quería hacerle una simple pregunta.

—¿Una pregunta oficial?

El policía no contestó.

—¡Marten! ¿Está usted en la brigada?

—Sí, señor.

—¿De servicio?

—Sí, señor.

—Si el asunto es oficial, ¿por qué quiere hablar con mi hijo?

—Pues...

—Se trata de un crimen... ¿no es eso?

—Pues, creo que sí... Ya le dije que hubo lucha.

—¿Y sospecha usted de mi hijo? —inquirió el juez, haciendo más potente su voz.

—No he dicho que sospechara, señor.

—Bien, Marten... La señorita Sandra es hija de un buen amigo. Voy ahora mismo para la central.

—No se moleste, señor.

—¡Sí me molesto! En primer lugar, supongo que lo que corresponde es avisar a la familia.

—Ya lo había pensado, juez Marais.

—Bien. Voy para allá.

—Como usted guste, señor —repuso el policía, colgando el teléfono, tras exhalar un suspiro.

Day, que había estado presente durante la larga charla telefónica, suspiró a su vez:

—Un buen lío —dijo.

—No lo sé... —repuso Serge Marten.

—¿Quiere decir que George Marais pueda tener algo que ver?

—Fueron novios. Ella le dejó.

—Pero esto ocurre todos los días... ¿Por qué sospecha de él?

—¡George es un anormal!

—¿De veras?

—Bueno... Tal vez un juez no fuera de la misma opinión. Pero, para mí, es un anormal... No sabe perder.

Day sonrió.

—Si todos los que no supieran perder fueran anormales, el mundo se llenaría de ellos... Cuando pitaron aquel famoso *penalty*

al Reims, la gente pedía a gritos la cabeza del árbitro... Y el *penalty* era justísimo: habían derribado al delantero centro dentro del área y...

—No mezcle el fútbol en cosas serias, Day. Sé que George es de los que no perdonan que una chica les deje. ¡Lo sé! Hace tiempo que iba detrás de Sandra. Ella me lo dijo... No... no era amor lo que sentía por ella, sino rencor porque le había dejado. No podía soportar la idea de que fuera ella y no él quien dijera «basta».

Lanzó un suspiro, y añadió:

—Conozco a George. Fuimos juntos a la Universidad. Nunca supo encajar una derrota. Tenía que hacer algo... Y lo hacía. Se mostraba violento...

—Pero... He leído el informe, y parece que... pudo tratarse de un accidente.

—Un accidente provocado es un crimen, Day... Si él trató de forzarla, y ella se defendió, la culpa es sólo suya: de George Marais.

—Con todos los respetos, jefe. Se va a meter en un buen lío. ¡Nada menos que el hijo del juez Marais! —Sonrió tímidamente, y añadió—: Bueno... Nos vamos a meter en un lío, porque supongo que no me dejará de lado, ¿verdad?

CAPÍTULO VI

Sábado 2,30 de la madrugada.

George veía todas las cosas, a su alrededor, dando vueltas como si se tratara de un enorme tiovivo.

La casa, los árboles, la luna, cuya luz traspasaba las espesas copas.

El automóvil...

El automóvil gris plomo de su amigo Albert.

—¡Anda, vamos, vamos! Esta noche nos hacen falta chicas... —decía la voz de su amigo, aunque él la escuchaba lejana, casi irreal.

—Las chicas... están lejos... Esto está muy lejos —dijo George, exhalando un suspiro impregnado de alcohol.

—A todas horas se encuentran chicas... En el bar de Gety.

—¿Quién diablos es Gety?

—Abajo de todo, en un desvío de la carretera general. ¿Es que no has ido nunca al bar de Gety? ¡Allí hay chicas a todas horas! ¡Te las puedes llevar, si quieres... y si puedes! ¡Cuestan caras! Pero vale la pena. Gety siempre ha tenido buen gusto. Sabe que sus clientes no regatean, pero exigen...

George dio un traspié, antes de meterse en el coche. Casi no se daba cuenta de lo que hacía, ni de lo que ocurría, ni de nada... Todo le daba vueltas y más vueltas.

Tuvo la sensación de que casi le habían empujado para entrar en el coche, al lado opuesto del volante.

—Hum —murmuró—. Estoy borracho, muy borracho... He bebido demasiado esta noche.

—Yo también he bebido, George... El alcohol es la droga más barata que existe... y no está prohibida... La vida es bella, teñida de alcohol. ¿Eh, George?

Y George eructó.

—Buf... He matado a una chica. Soy un asesino.

—Los hijos de los jueces no son nunca asesinos, amigo mío. Tienes suerte. No todos pueden tener un padre juez, como tú.

—No, no... Mi padre no tiene nada que ver con esto. No quiero mezclarle. ¿Sabes? Necesito una... una coartada...

—¡Bah! No pienses más en esto. Ya tienes la coartada. ¿No estás conmigo, George?

—Claro que estoy contigo, pero...

—¡Has estado conmigo siempre...! ¡Siempre! No me sacarán de ahí... Y tú no debes decir lo contrario... Desde... las siete y media. ¿Quedamos en que la hora era las siete y media, eh?

—Sí. Creo que sí...

El coche se puso en marcha para salir de la explanada laberíntica que conducía a la ruta de la montaña.

Albert no se mostraba demasiado seguro con el volante, y George tenía la sensación de que el morro del coche iba a estrellarse en alguno de los pinos.

—¡Hum! Nos vamos a matar —espetó.

—¡Déjame a mí! ¡Soy un buen conductor! Verás qué deprisa bajamos la carretera. Conozco todas las curvas, una a una... —repuso su amigo.

Sorteó los árboles y llegó, al fin, a la mal pavimentada carretera, tan solitaria como a la ida.

Albert pisó a fondo el acelerador, lo cual era una solemne imprudencia, dado el mal estado del piso y las constantes curvas.

George seguía sin mostrar noción alguna de la realidad.

Vivía como en una pesadilla, y su compañero no parecía irle a la zaga, en cuestión de lucidez.

—Te digo —insistió machaconamente—, que en el bar de Gety encontraremos un par de compañeras para este fin de semana. Brrr... Ellas nos harán el desayuno... Les gusta sentirse amas de casa, ¿sabes? Nosotros, a cambio, les haremos... les haremos el amor. ¡Je! ¿Qué me dices?

—Digo que... ¡Hip! Digo que... ¡Cuidado!

—¡Tranquilo, muchacho! —sonrió Albert—, esquivando una curva de modo temerario, mientras el cuenta kilómetros marcaba los cuarenta kilómetros por hora en un lugar en que lo prudente era no ir a más de veinte, y aún con mano segura.

—¡Cuidado! —repitió George, ante otra curva.

—¡Esto es fácil para mí! Mira, voy a acelerar más...

Y Albert pulsó el pedal para imprimir mayor velocidad al vehículo.

Las curvas se sucedían constantemente.

Ninguna de aquellas vueltas tenía visibilidad, y la que menos alcanzaba los 90 de graduación, cuando no se trataba de curvas de 180 grados.

—¡Yaaa! —gritaba Albert, girando el volante ora a la derecha, ora a la izquierda.

—¡Brrr! —espetó George—. Esto marea a cualquiera.

—Pues duerme un poco, si te mareas... Ya te despertaré al llegar al bar de Gety.

Aquella marcha endemoniada no cesó ni por un instante. Para George era como si los árboles del sendero volaran, para dejar paso, a veces, al infinito. Y el infinito era donde estaban los precipicios. Altos precipicios, totalmente desprovistos de protección.

Las vueltas continuaban, y todo giraba, giraba...

Giraba...

Echó la cabeza hacia atrás. Mareado por el líquido que albergaba su sangre.

Albert, a su lado, continuaba acelerando.

—¡Fíjate! ¡Sesenta! ¡Nadie es capaz de pasar este maldito camino vecinal, que llaman carretera, a esta velocidad! ¡Nadie!

Miró un momento a su compañero, y le vio con la cabeza ladeada, como si durmiera. Insensible.

—¡Bah! Tú te lo pierdes... En el fondo, no eres más que un maldito cobarde. Un cobarde, que tiene por padre un juez. ¡Y se preocupa porque ha matado a una chica! Esto se arregla fácilmente.

Puso atención a la carretera y, tras la siguiente curva, añadió:

—Sí. Se arregla fácilmente, amiguito. Se dice al papá: «Mi viejo, me he cargado a una moza, que no quería hacerme caso. Ha sido un accidente. Échame una mano...». ¡Y listos! ¿Me oyes, gusano?

Pero George no contestó.

—¡Bah! Tú ya no oyes nada... No aguantas ni siquiera un par de copas...

Aceleró aún más la marcha ante aquella peligrosa sucesión de curvas de la carretera.

De pronto, la velocidad pudo más que el conductor. La carretera

viraba hacia la derecha, en una vuelta que sin solución de continuidad se volvía rápidamente hacia la izquierda. Hacia el precipicio.

Albert dio la vuelta al volante, y las ruedas del automóvil patinaron sobre el piso irregular.

Intentó enderezar el coche, pero ya era imposible. Viró seguidamente para mantener la dirección.

¡Demasiado tarde!

El coche, un «Peugeot» gris plomo último modelo, asomó por el precipicio.

No era de los más profundos, pero igualmente peligroso.

George abrió los ojos como si, en su sueño inconsciente, hubiese intuido el peligro.

—¡Albert! —gritó.

No vio nada. Sólo el vacío.

Luego, todo dio vueltas, agitándose como una coctelera.

El auto rodó y rodó sobre sí mismo, por la interminable pendiente.

Al fin detuvo su marcha, mientras el cuerpo de George salía despedido al exterior.

George no se daba cuenta de nada porque estaba totalmente inconsciente por los golpes. Ni siquiera pudo oír el estallido del depósito de gasolina, que incendió totalmente el vehículo, rompiendo la oscuridad y el silencio absoluto de la noche...

CAPÍTULO VII

Sábado, 11,30.

Ofelia Marconi empujaba el carrito con los tres departamentos llenos de cubetas, antisépticos, desinfectantes, agujas hipodérmicas y demás medicamentos destinados a los reclusos en el Hospital Provincial Saint Honoré.

Ofelia, de cimbreadas caderas y mirada vivaracha, se detuvo frente a la puerta 323 del corredor y, tras empujarla, pasó al interior.

Allí estaban el señor y la señora Marais, junto a su hijo.

George había abierto los ojos, poco antes.

—¡Vaya! ¡Ya ha despertado! —sonrió Ofelia, aproximando el carrito a la cabecera de la cama, al lado opuesto donde se hallaban los padres del internado.

—Ahora mismo —murmuró el juez.

—Bueno, bueno. Tengo que darle un pinchazo. Orden del doctor. ¿Qué tal se siente? —sonrió ella.

—Aturdido... —musitó.

—Hum. ¡Menuda juerga se corrió anoche! ¡Oh! Tal vez no debería decirlo delante de...

—No se preocupe —murmuró el juez.

—¿Puede moverse? —inquirió la enfermera.

—No sé... Sí, creo que sí. Siento magulladuras en todas partes... ¿Qué me hice? ¿Tengo algo roto?

—Usted, nada... Los que le trajeron no podían creerlo... Bueno. Dese la vuelta y no se mueva.

George obedeció con alguna dificultad para que la enfermera le administrara el inyectable.

—¡Listo! Ahora, a descansar... ¡Señores! No le cansen demasiado. Necesita un buen reposo, de momento. No es nada. El doctor les espera en su despacho. Hasta la vista —añadió la

dinámica muchacha, dirigiéndose a George—. ¡Ah! ¡Y a dormir! ¿Eh?

Cimbreada y movidiza, la enfermera desapareció tras la puerta, que cerró a continuación.

George volvió la mirada hacia su padre.

—¿Y Albert?

—¿Albert Fontaine, eh? —inquirió el juez, con gesto grave.

—Sí... Iba con él. Tengo... Tengo una vaga idea de todo.

—Él tuvo menos suerte que tú —repuso el padre.

La señora Marais guardaba silencio. Su aspecto continuaba siendo tan aterrado como cuando le avisaron de lo sucedido.

—¿Qué le ha... ocurrido?

Tras un silencio, el juez repuso:

—Ha muerto.

—¡No!

—Carbonizado. Le encontraron dentro del coche. ¿Conducía él, verdad?

George asintió en silencio.

—Habíais bebido.

—Sí.

—Lo sé.

Silencio otra vez. El juez miraba, severo y frío, a su hijo.

—Os encontraron por verdadera casualidad... No voy a reprocharte ahora, George, pero... no me hago a la idea de que un hijo mío pueda ser tan inconsciente. ¿Dónde diablos ibais, a tanta velocidad? La policía estableció que, por lo menos, el coche iba a setenta, en una carretera que no hay un metro en línea recta.

—No lo sé —repuso él.

—Bueno. No importa. Los inconscientes acaban siempre por pagar su inconsciencia... Lo malo es que, a veces, son otros los que pagan las consecuencias. Siento lo de Albert, pero se portó como un inconsciente.

George continuaba en silencio.

—Hijo —adujo la madre—. ¿Qué tal estás? El médico nos ha dicho que sólo tenías magulladuras.

—No sé, mamá... Creo que bien. No sé... me encuentro cansado.

—Pero podrás contestar algunas preguntas —adujo el juez.

—Déjale ahora, David —murmuró la mujer.

—Sólo unas preguntas —insistió el padre.

—¿Qué quieres, padre? ¿Lamentas que no haya muerto, verdad?

—¡Hijo! —exclamó la madre.

—¡Déjale! —Opuso el juez—. Siempre le ha gustado decir inconveniencias. Pero sabe que a mí no pueden impresionarme sus palabras.

—¡Ya salió el inflexible juez! ¡Vamos, padre! No puedes acusarme de imprudencia. Yo no conducía. Ni siquiera era mi coche...

—No es eso lo que quiero preguntarte. No es de mi incumbencia. Ya cuidará la policía de tráfico de hacerte las preguntas que crea necesarias.

George iba recobrando la noción de las cosas. No olvidaba su crimen. No lo olvidó ni un instante. Hasta tenía idea de haberlo soñado en aquella horrible pesadilla, de la que acababa de salir... No sabía el tiempo que había transcurrido, ni la hora, ni siquiera el día en que vivía... pero en todo momento vio cómo entre brumas a Sandra caer bajo el peso de su cuerpo y chocar contra aquella piedra...

La vio y seguía viéndola con los ojos de su imaginación, con la mirada fija, muy fija hacia él.

Sí. Aquello seguía siendo una pesadilla, algo que no podía dejar de tener presente.

Se puso en guardia, ante las posibles preguntas de su progenitor.

No dijo nada, y esperó a que el juez comenzara.

David Marais, sin dejar ni por un instante su expresión grave, preguntó escuetamente:

—¿Cuándo fuiste a casa de Albert?

La pregunta casi no le sorprendió. Era algo que, aun a pesar de la borrachera, le había quedado grabado. La respuesta la sabía de memoria:

—A las siete y media.

La exactitud pareció sospechosa para el magistrado.

—Parece que lo recuerdas muy bien —dijo.

—Tú me has hecho una pregunta, y yo te he contestado —repuso George, con la misma frialdad.

—Está bien. ¿Por qué lo recuerdas con tanta precisión?

—Porque miré el reloj.

—¿Y... siempre estuviste con Albert?

—Pues sí... Primero bebimos unas copas, y luego decidimos ir a su refugio en la montaña.

—¿Había alguien más con vosotros?

—No. No había nadie más. Pero... ¿por qué tanto interés? —inquirió George, creyéndose en la necesidad de mostrar extrañeza.

Tras un silencio, el juez murmuró:

—¿Cuánto tiempo hace que no has visto a Sandra Lemon?

—¿Eeh? —George procuró ocultar su temor, y no dijo nada más en principio, por miedo a que la inseguridad de su voz pudiera traicionarle.

—He dicho Sandra Lemon. Fue novia tuya, ¿no?

—Bueno... Salimos algunas veces, pero luego lo dejamos correr... No sé... No puedo acordarme de cuándo la vi por última vez.

—Convendría que lo recordaras.

—¡Déjale ahora, David! —intervino la madre.

—No, mamá... Ya sabemos que papá nunca hace las preguntas gratuitamente... No sé lo que quiere, pero mi respuesta es la misma. No lo sé. No me interesa Sandra lo más mínimo. Puede que la viera por la calle o en alguna cafetería, pero no puedo precisar el día. ¿Es muy importante, padre?

A medida que hablaba, la voz de George adquiría seguridad. En su propia mentira, incluso se envalentonaba, dando sensación de que todo cuanto decía obedecía a la realidad.

—Sandra murió anoche —repuso, tras un silencio, el padre, con voz grave—. El inspector Marten te hará algunas preguntas. Yo ni puedo ni debo impedirlo. Sólo trataba de prevenirte... y de que... me informaras primero a mí, sí... sabías algo.

—¡Je! —fingió George con una naturalidad tan absoluta, que casi se sorprendió él mismo—. ¿Crees que yo la maté, padre? Sabía que me tenías en muy poco, pero esto ya es el colmo. Por favor... Ya has oído a la enfermera. Necesito descansar... Sí. Creo que ahora lo necesito más que nunca.

Era un buen final para su «representación». No hubiera podido desear causar un mayor efecto.

Vio cómo su madre se colgaba del brazo del juez, murmurando:

—¡Dios mío, David! ¡Pobre hijo! ¡Vámonos, vámonos!

CAPÍTULO VIII

Sábado, 16,15.

El cuerpo carbonizado de Albert Fontaine, pasó del depósito al ataúd.

Sólo unos cuantos amigos, pocos, acudieron al entierro.

Otros no eran amigos, como por ejemplo, el inspector Serge Marten y su inconfundible ayudante Day.

Algunos compañeros, tras la ceremonia, se saludaron. No había que dar el pésame a nadie, porque el difunto no tenía familia. Le enterraron de acuerdo con sus deseos, que ya había manifestado por escrito, en vida. Luego, sólo quedó la lápida del panteón familiar, a la que faltaba añadir el último fallecido. De ello ya se cuidaría el marmolista, en su día.

Rezagados, al final de la comitiva que sólo ocupaba un par de coches, quedaron el inspector y su ayudante.

—¿Por qué hemos venido, jefe? ¿Qué tiene que ver Albert Fontain con... lo de la señorita Sandra? —preguntó Day.

—Todo.

—¿Qué?

—Tiene que ver todo...

—No le entiendo, jefe.

—Hablé con el juez esta mañana. Me dijo que había interrogado a su hijo, y que él le dijo que, desde las siete y media de la tarde de ayer viernes, estuvo con Albert Fontain.

—¡Ah! Una coartada difícil de probar... —repuso Day—. Ahora sí le comprendo...

—Una cortada que, si es falsa, se puede destruir; sin embargo... todo habría resultado más fácil si Albert Fontain viviera...

—Eso, desde luego, jefe.

—No... No me entiendes, Day.

—¿Qué?

—Que no me fiaría ni un pelo de lo que pudiera atestiguar Albert Fontain.

—¿Le conocía también?

—Sí. Le conocía. Y puedo asegurar que era tan embustero y falso como George...

—¡Oh!

—Pero si él viviera, sería mucho más fácil destruir esa coartada... Yo sé que, una vez u otra, hábilmente interrogados, les haría caer en contradicciones. No es posible que dos personas, por unidas que estén, no acaben delatándose a sí mismas... Una duda, una trampa en el momento preciso... cualquier cosa que les haga dudar y... ¡ya está! Yo hubiera destruido esa coartada... Ahora, será más difícil.

—¿Por qué? Si George es el culpable... su coartada no tiene valor, porque Albert Fontain ha muerto.

—Pero él puede aferrarse a lo mismo... Nadie va a contradecirle. Si su testigo ha muerto, no tiene la culpa de ello... No. El asunto quedaría mucho menos claro. Para acusar a un nombre se necesitan pruebas concluyentes que no se puedan rebatir, que no quede la duda. George sólo tiene que reafirmarse en su declaración, y con esto le basta...

—Jefe, perdone, pero... Parece estar usted muy seguro de que George Marais es el asesino.

—¡Y lo estoy!

—Pero, jefe...

—Lo estoy, pero mis pruebas no son válidas ante ningún juez...

—¿Qué pruebas?

—El temor de Sandra.

—¿Tenía miedo?

—Me lo había dicho en un par de ocasiones...

Y para sus adentros, el inspector Serge Marten recordó fragmentos de conversaciones, palabras sueltas de Sandra:

»—A veces, me da miedo... le había dicho ella, por ejemplo.

Y otra vez:

»—Sé que me sigue... No puedo creer que sea casualidad.

Insistiendo sobre lo mismo, ella había añadido:

»—Cuando salí de Aux dames de France, él estaba allí, en el coche. Luego en el bar el Cocktail París. Entró solo. No me habló,

pero no me quitó el ojo de encima».

Serge recordaba haberle contestado:

»—Si te molesta, avísame. Yo le pararé los pies.

»—Lo más que hace es llamarme por teléfono.

»—¿Y qué te dice?

»—A veces, se limita a darme las buenas noches o a decirme tonterías...

»—¿Qué clase de tonterías?

»—Groserías, a veces... pero otras no dice nada. Pero sé que es él. Estoy segura... Y me da miedo. Es como sí... planeara algo. ¡Oh! Soy una estúpida. No debiera decirte todo esto...

»—Has hecho bien, Sandra. Tendré que decirle unas cuantas cosas...

»—¡No! No quiero que pelees por mi culpa, había respondido ella.

Más o menos, sus recuerdos eran por el estilo, en lo referente a aquel asunto. Recuerdos que había exteriorizado a su ayudante Day, el cual había escuchado en silencio.

—¿Y habló con George, jefe?

—Sí. Hace una semana. La noche anterior había vuelto a llamar a Sandra, y ella se mostró más asustada que nunca. Decidí ir a verle. Estaba en el club.

—¿Qué club?

—Una sociedad artística, compuesta por bohemios más o menos elegantes. La mayoría son hijos de papá. Parásitos de la sociedad, que pretenden mejorar el mundo practicando la *dolce vita*. Criticando lo que hacen los que se parten el pecho trabajando, y despotricando de las leyes, sólo porque no se acomodan a sus antojos... Ésos son los que pretenden estar en posesión de la verdad. Los que aplauden una película que no entienden y llaman basura a lo clásico, pero que en el fondo sólo representan lo más putrefacto del país... ¡Bueno! Pero no divaguemos. Fui a ese repugnante club.

—¿Y qué pasó?

—Nada. Sólo le dije que dejara en paz a Sandra.

—¿Se lo dije en público?

—Bueno... Había algunos amigos suyos, pero le llamé aparte...

Y el inspector rememoró la escena, con el pensamiento.

Había ido a aquel club, tropezando con grupos de jóvenes

indolentes. Unos habían alcanzado más o menos sus objetivos, los otros eran *snoobs*, que pretendían únicamente codearse con lo que el policía llamaba «basura perfumada».

Sentados en horribles butacas de espuma, con fundas de *skay*, libando cargados combinados en actitudes indolentes, propias de holgazanes, hablaban de trivialidades. Otros preferían la danza en un salón de luces alucinantes, y se excitaban con las contorsiones de muchachas que en otros tiempos hubieran sido tenidas como busconas, pero que ahora, hijas, también, de papá, o aspirantes al mundo contestatario de la clase media con aspiraciones o acaso de las más pudiente, se exhibían medio desnudas, con atuendos que el mundo ha llegado a admitir como decentes, sólo por la proliferación de los mismos o por la costumbre de verlos.

En la barra del bar, en las salas privadas de juego, en fin... en aquel abigarrado *cocktail* que el inspector consideraba putrefacto, fue a buscar a George...

CAPÍTULO IX

La escena entre el inspector y George Marais transcurrió más o menos del siguiente modo, según podía recordar el policía:

—Quiero hablar contigo... Mejor a solas. —Había dicho el inspector, interrumpiendo a George de una conversación entre otros amigos.

—¡Vaya! —Había sonreído, con cinismo, el hijo del juez, mirando de pies a cabeza al funcionario de la ley—. ¡La policía en nuestro club! ¿Se nos acusa de fumar drogas? Últimamente parece que sólo os interesa el consumo de drogas... La Regie teme a la competencia, y envía a la policía.

—No te las des de gracioso. Lo que quiero decirte es personal. No tiene nada que ver con la policía.

—¡Oh! Bueno... Vamos al bar. Tomaremos algo...

No. No fueron al bar. Serge no quiso beber. Se detuvieron en un amplio y corto corredor, que distribuía un par de salones. No había nadie. Acaso si pasó alguien, lo hizo sin detenerse o saludando a Serge con la mano o con un ligero «hola».

—He dicho que no quería hablarte como policía —empezó el inspector—. Pero puede que llegue a hacerlo, si no dejas en paz a Sandra...

—¡Oh! —sonrió George con la misma ironía—. ¿Por qué diablos crees que me importa Sandra? Ya terminé con ella. No me interesa. Si a ti te gusta... Te la cedo... Yo ya he sido el primero...

Serge no pudo reprimirse, y sujetó por las solapas de la chaqueta al hijo del juez. Tenía sangre en las venas, y no digirió aquel insulto lanzado con deseos de ofender.

No le importaba que fuera la exclamación de un despechado que en el fondo le odiaba tanto a él como a Sandra; simplemente, no estaba dispuesto a consentir la ofensa de George.

—¡Eres un bastardo! —exclamó Serge, arrinconándolo con

fuerza contra la pared.

—¡Eh! ¡Cuidado, polizonte! Dijiste que íbamos a charlar como amigos...

—Tú nunca has sido mi amigo...

—Siempre me has odiado... Llevas el odio metido en el cuerpo. No perdonas a los que han llegado más alto.

—¿A qué has llegado tú, bastardo? Nunca tuviste nada, excepto un padre honrado, que yo admiro. Pero ¡tú...! Tú no eres más que un asqueroso gusano. —Y seguía manteniéndole apretado contra la pared.

—Bueno, suéltame... A ese padre honrado, déjale en paz. Yo sé cuáles son mis derechos, y un funcionario público los está violando en estos momentos, por culpa de una fulana.

Serge le soltó y cerró los puños con furia. Su paciencia había llegado al límite.

Su diestra, cerrada y cargada de dinamita, se aplastó contra el mentón de George, que acusó el fuerte impacto y se deslizó hacia el suelo.

En aquellos momentos, nadie pasó. Nadie vio la escena.

George se levantó, lívido, esperando la continuación de aquel golpe demoledor, que aún sentía en su mandíbula, y que casi le había atontado.

—Te has pasado de la raya, George... ¡Cuidado! Estás advertido —masculó el policía, no sin falta de ganas de repetir el castigo.

George, jadeante, había contestado:

—El que te estás pasando eres tú. Cuidado que no tengas que lamentarlo.

—Prueba de acercarte a ella, y verás. —Fueron las últimas palabras del inspector.

Y así Serge dio la vuelta para salir de allí, pero George, avanzando, encorajinado, levantó la voz como si quisiera que pudieran oírle todos, aunque el corredor seguía desierto:

—¡Iré tantas veces como quiera! ¡Sandra no es propiedad de nadie, y menos tuya, polizonte!

Serge guardó silencio. Con la mirada, fulminaba a George, dando muestras de sus intenciones de volver hacia él. De golpearle de nuevo, de romperle aquella boca fanfarrona.

Pero George añadió:

—Ella vendrá conmigo con que sólo le haga una seña... Tú no eres más que un entretenimiento para Sandra... ¡Ya lo sabes! ¡Carga con ella, si quieres! Pero no me impedirás que la vea...

Serge volvió a avanzar hacia el joven, pero antes de que llegara junto a él, apareció el comisario Marbau.

Marbau no era socio del club, pero tenía relación con algunos de los fundadores, que nada tenían que ver con el nuevo aire que había tomado la sociedad.

Marbau, por otra parte, era hombre que le gustaba estar al día y conocer todos los ambientes.

El comisario consideraba al inspector como profesional, pero no simpatizaba demasiado con él, en el terreno particular.

—No esperaba encontrarle aquí, Marten —dijo, y luego cambió una mirada con el hijo del juez—. ¡Oh! Tal vez he interrumpido una conversación privada...

Pero a Marbau no le había pasado por alto el manifiesto antagonismo entre el inspector y George.

Les miró a ambos y, de un modo muy especial, a su subordinado.

—Bueno —añadió—, sigan ustedes... Luego, venga al bar, Marten; quería decirle algo, y ésta es una buena ocasión. Le hubiese llamado por teléfono a su casa...

Y Serge dejó ya a George Marais. Era inútil continuar el altercado. Inútil, porque no hubiese resuelto nada, aparte de que Marbau, posiblemente, hubiese intervenido, aunque eso era lo que menos importaba a Serge Marten.

Luego... lo que el comisario Marbau dijo a su subordinado carecía de importancia. Casi parecía un ardid para poner punto final al altercado entre él y el hijo del juez.

George volvió con sus amigos.

Serge Marten salió del local, pensando que, tarde o temprano, debería intervenir más seriamente en el asunto, a menos que George dejara de molestar a Sandra...

Ésta había sido la escena ocurrida una semana antes, seis días exactamente antes de que la muchacha apareciera muerta en el jardín de entrada de su casa.

Serge concluyó el relato que había vuelto a revivir al contarle a su ayudante Day, todavía en el cementerio donde había sido

enterrado Albert Fontain.

Day, tras un silencio, lanzó un silbido.

—Mal asunto... Muy malo —murmuró.

—Lo sé —admitió el policía.

—Tendrá que anclarse con pies de plomo. Marbau es un hueso. Y usted no le cae simpático. En el fondo, son celos. Está celoso de usted... Apuesto a que no habría sido capaz de resolver ni la mitad de los casos que usted ha conseguido...

—Basta, Day. Marbau es el comisario, y no se llega a comisario, así por las buenas...

—Lo malo de usted, jefe, es que tiene demasiado respeto a todos... Incluso a Marbau.

—Si no tuviéramos respeto a nuestros superiores, Day... ¿Dónde iríamos a parar?

—Bueno, sí, ejem... Lo importante es cómo podrá demostrar ahora que George Marais pudo tener que ver... Sólo tiene indicios... sospechas, que no se pueden demostrar, pero si usted dice que tuvo que ser él, yo apuesto doble contra sencillo. Su olfato es mejor que el de un perro... ¡Oh! ¡Con perdón, claro!

—Vamos, Day. Uno de esos individuos que ha venido al entierro es un antiguo conocido. Quiero hacerle unas preguntas. Creo que no hemos perdido del todo el tiempo, al venir aquí...

—¿A qué individuo se refiere? —inquirió el ayudante.

—El que lleva la chaqueta a cuadros. Se llama Francen, Edmond Francen, y hubo algún tiempo durante el cual no estuvo en muy buenas relaciones con la policía.

CAPÍTULO X

Media hora más tarde.

El hombre de la chaqueta a cuadros tenía treinta y tantos años, con una buena apariencia física, tanto en lo tocante a corpulencia como a apostura.

Bien parecido y sabedor que lo era, Edmond Francen lucía sus anchas espaldas, en pie, frente al mostrador de un bar.

Una muchacha de las «de la casa» se colocó a su lado para decirle:

—¿No es muy temprano para empezar a beber?

—Los entierros me deprimen, y acabo de asistir a uno.

—¡Oh! —Y la muchacha buscó la hebilla del cinturón, cruzando los dedos en supersticiosa conjura—. ¿Quién es el muerto?

—Un viejo conocido, que me debía mucho dinero... Un dinero que jamás cobraré. Por eso estoy deprimido... ¿Vamos un rato a la «cava»?

—Es muy temprano, Edmond. Luego no sabremos qué hacer...

—¡Oh! Contigo uno siempre sabe qué hacer...

Se interrumpió cuando iba a acariciar la desnuda espalda de la muchacha, porque advirtió primero la presencia de aquel hombre extremadamente grueso, que le observaba con actitud beatífica.

Pero más que la presencia del hombre obeso, que era Day, se interrumpió al fijarse en quién estaba a su lado: Serge Marten.

—¡Hola! Me pareció verte en el cementerio... Pero no estaba muy seguro... Bueno... Toma algo, si quieres. Aquí estamos como en familia.

—No bebo cuando estoy de servicio. ¿Suena a tópico, verdad? —repuso Serge.

—¡Oh! ¿Dónde he oído yo eso antes?

—Vamos a sentarnos... en mi coche —sugirió el policía.

—Oye... Si estás de servicio... ¿Qué quiere decir esto? Yo no

tengo nada que ver en...

—No he dicho que tuviera nada que ver. Sólo quiero hablar contigo amigablemente —atajó Serge.

—Hum. —Miró a la chica y al *barman*, que parecían estatuas de granito, sin moverse, sin hablar—. Bueno... *No hay nada malo en tener amigos en la policía. ¡Vamos, inspector! ¿O te han hecho comisario ya?*

Serge no contestó, y poco después se sentaba a su lado en la parte trasera del automóvil que conducía el orondo Day.

—¿Dónde vamos? —inquirió Edmond Francen.

—A dar una vuelta. ¿Tienes algo importante que hacer?

—Pues no... Pero no comprendo. ¿Qué quieres? Hace años que no me he metido en ningún lío. Ahora tenga un negocio completamente legal.

—Lo sé, lo sé... Transportes... Una buena flota de pequeños camiones y furgonetas.

—Tengo cuatro coches grandes, pero para la ciudad van mejor los pequeños. Hay mucho trabajo así que... no tengo necesidad de mezclarme en...

—Lo sé —volvió a atajar el policía, con aire paciente y resignado—. Lo que yo quería decirte se refiere a Fontain... ¿Le conocías mucho?

—Bastante. Era cliente mío. Por cierto, que me debe... bueno, me debía dinero de algunos transportes que hice por su cuenta... Cosas de decoración. Era decorador... ¡eh! —Y como cayendo en la cuenta, preguntó—: ¿Es que andabas tras él?

—No, no. Lo único que sabía de Albert es que era más embustero que un espía y más falso que un billete de «tres francos», pero, que yo sepa, no se había metido en ningún lío. Al menos, no hay denuncia de ello.

—Entonces... No lo comprendo...

—Edmond... se supone que Albert, al ocurrir el accidente, había salido de un refugio que tiene en la montaña, por aquella zona.

—Eso me dijeron. Me enteré por casualidad... Entre sus papeles se encontraba su agenda de direcciones y, entre muchos nombres, figuraba el mío. Los agentes que le encontraron me llamaron por teléfono para que fuera al depósito a identificarlo... Bueno, no había mucho que identificar. Aquello era sólo un carbón. Allí me enteraron de que iba con un amigo, un tal Marais. Le conozco. Su

padre es juez, aunque con él he hablado pocas veces.

Tal vez no más de dos, y por casualidad. En fin... Del accidente no sé más de lo que me contaron. Lo del refugio en la montaña es cierto. Y, ¿qué más puedo decir?

—¿No viste, por casualidad, a Albert Fontain ayer viernes... me refiero antes del accidente?

—No.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—No recuerdo. Hará una semana o algo más. Luego le llamé por teléfono el miércoles... Le recordé la deuda.

—¿Te debía mucho?

—Cinco.

—¿Cinco mil?

—Más o menos.

—Es mucho transporte. ¿Eh?

—Bueno, hice un par de viajes fuera. Dos días dos camiones, dietas de chófer, etc.; esto sube. Luego, varios viajes por la periferia, hasta St. Dennis. Trabajaba bastante, últimamente... Yo cobraba por meses, pero el mes pasado dijo que no le iba bien, por eso se acumuló todo ese dinero. No es mucho, si se compara con lo que él cobraba... Había llegado a tener bastante prestigio, entre algunos.

—Sí, lo sé, lo sé... En fin... ¿Dijiste que el miércoles le llamaste por teléfono?

—Pues sí... Sí, seguro que fue el miércoles. Por cierto, me dijo que el lunes pensaba pagarme.

—¿El lunes?

—Pasado mañana. Recuerdo que me dijo: «Pásate a las diez, y te daré el cheque». Ésas fueron sus palabras.

—Eso parece indicar que pensaba cobrar algo.

—Lo más probable.

Day dio una vuelta más a la manzana. Desde que había puesto en marcha el auto, giraba siempre en derredor de la misma zona.

—Y, sin embargo, ese último viernes se fue solo... o con un amigo, a ese refugio de la montaña.

El interlocutor del policía se encogió de hombros.

—¿Solía pasar los fines de semana en ese refugio? —preguntó Serge.

—Pues no siempre, que yo sepa...

—¿Y cuándo lo hacía, iba siempre con amigos o... con amigas?

—¡Je! Albert tenía suerte con las chicas... Por supuesto, llevaba amigas...

—Entonces... Es extraño que hubiera ido con un amigo, ¿eh?

—No sé... ¿Dónde quiere ir a parar?

Tras un silencio, el inspector repuso:

—Me gustaría saber a qué hora fue Albert a su refugio, ayer.

—Pregúnteselo a George Marais. Estaba con él.

—Precisamente a George Marais es al último a quien puedo preguntárselo, Edmond... Y por esto quiero que me hagas un favor...

—Mire, no me mezcle en cosas... Yo tengo trabajo y...

—Edmond... Yo te ayudé entonces... Te detuve, pero abogué por ti en unas cuantas cosas. Mi intervención en el asunto de las drogas te evitó un puñado de años... No es que pretenda cobrarme el favor, pero considerando que puedes ayudarme, sería una desatención que no lo hicieras. Y ya sabes; con esos negocios de transportes, a veces, uno ¡psch!, sin querer, se mete en líos... cuestiones de tráfico, permisos... Bueno, nunca está de más poder recurrir a un amigo...

El otro sonrió.

—Está bien, está bien... Espero que no me pida nada que no pueda hacer.

—Es muy fácil, amigo.

—Hable, Marten. ¿Qué quiere de mí?

Con palabras medidas, el policía comenzó:

—Escúchame atentamente, Edmond...

Y mientras el automóvil conducido por Day seguía dando vueltas, el inspector explicó a Edmond Francen cuál era su plan.

CAPÍTULO XI

Domingo, 11,30.

La pizpireta Ofelia Marconi extrajo la aguja que había hundido en el tejido intramuscular de George.

—Bueno. Listo. Es la última. Un día más de reposo, y mañana podrá irse a su casa.

—A pesar de tus martirios, nena, voy a echar de menos esto —sonrió el joven, tratando de sujetar por la cintura a la enfermera, cuando ella se había vuelto hacia el carrito.

—¡Eh, eh! Quieto. Es usted un paciente muy despabilado.

—Te he dicho que echaría de menos al hospital, por ti...

—Muy galante, señor Marais, pero necesitamos su cama para otros que posiblemente no se sentirán tan a gusto...

—Contigo...

—No soy más que una enfermera, que procura atender a los pacientes lo mejor posible.

—¿Nos veremos cuando salga de aquí? Veamos... ¿Qué turno haces?

—No sea curioso...

—Vamos, acércate... —Y consiguió sujetarla con más fuerza, pero ella logró esquivar.

—Es usted muy peligroso, señor Marais... Y está más fuerte de lo que pensaba.

Se interrumpió al abrirse la puerta, en cuyo umbral apareció Edmond Francen.

—¡Oh! Tal vez he llegado en mal momento... —dijo.

La enfermera avanzó hacia la puerta, replicando:

—Al contrario. Es la hora de la visita, y el señor Marais se encontraba muy deprimido. Trataba de decirle que las enfermeras no podemos complacer en todo a las pacientes. —Se volvió para decir—: Adiós, señor Marais. ¿No deseaba una visita? Pues ya la

tiene.

Y salió, con su acostumbrado cimbreo. Edmond puso los labios como si fuera a silbar, y cerró la puerta, al fin.

—No está mal el personal de este hospital, ¿eh?

George quedó mirando al recién llegado, que enseguida entró en materia:

—¡Oh! Sin duda, me recordarás... Nos hemos visto en un par de ocasiones con nuestro común amigo Albert Fontain... que en paz descanse.

—Sí. Creo que sí. Pero no recuerdo cómo te llamas.

—Francen. Edmond Francen. Soy transportista. Bueno. Otros trabajan para mí... ¿Puedo sentarme?

—Desde luego...

George no comprendía el motivo de aquella visita, y esperó a que el propio Edmond se lo dijera.

—Seguramente te extrañarás al verme... Ayer estuve en el entierro del pobre Albert...

Supe que tú estaba con él... Fue una suerte que te salvaras. De lo que me alegro, claro.

—Gracias... Pero supongo que no has venido pan hablarme de todo esto...

—Bueno, la verdad es que podría decirte que he venido porque, siendo ambos amigos comunes de Albert y como tú fuiste la última persona que estuvo con él pues... pensé en saludarte...

—Pero ésta no es la verdad, ¿eh? —preguntó George receloso.

—Pues no exactamente, aunque algo hay de eso... Verás, yo tenía que ver a Albert el lunes, por una cuestión de negocios. Supongo no te habló de ello, ¿eh?

—No. No hablamos de negocios. Estuvimos bebiendo. Ésta fue la causa del accidente. Recuerdo que corría como un loco por aquella endiablada carretera —repuso George.

—Bueno, eso fue de madrugada. Pero cuando salisteis de su casa, me pareció que estabais sobrios los dos.

—¿Eh? —inquirió George, ligeramente sobresaltado.

—No recuerdo muy bien la hora, pero pasé por delante de su casa. Por la casa de Albert, claro. Me detuve un momento porque vi luz en su apartamento y pensé entrar. Luego, la luz se apagó y os vi salir... poco después. Me dije: «Ésos deben irse a correr una juerga»,

y no quise mezclar los negocios...

—¿Dices que nos viste?

—Sí...

—¿A qué hora?

—Bueno, no estoy consultando el reloj a cada momento —repuso Edmond, con naturalidad—, pero supongo que serían algo más de las diez... Exactamente, entre diez y once.

—¡No es verdad! —espetó, rápido, George.

—¿Eh?

—No pudiste vernos. Estábamos ya en su refugio de montaña.

—¡Vaya! No creí que mi vista fuera tan mala. Yo juraría que erais vosotros. Al menos, Albert sí lo era. Y su coche. ¡Conoceré yo su coche!

—¡Oye! ¿Quién diablos te manda? Lo que tú dices no es cierto...

—Bueno. ¿Qué he dicho? ¿Por qué te molesta tanto que os haya visto...?

—¡Vete! Déjame tranquilo. —Y George volvió la espalda, rumiando las más espantosas consecuencias, y pensando, a la vez, que sin duda se excedía en su forma de comportarse.

—Bueno, amigo... Yo no pretendía molestarte. —Se levantó y añadió—: De todos modos, no tiene importancia, aunque me fastidia que me llamen embustero...

—Perdona. La verdad es que todo esto me ha puesto de mal humor —repuso George, tratando de serenarse.

—Mira, amigo, si tú y Albert teníais algo que ocultar... algún asunto de faldas, por mí no te preocupes. Así que si tú dices que a las diez ya estabais en su refugio, pues no hay más que hablar. No creo que Jossete se meta en esto.

—¿Jossete? ¿Quién diablos es Jossete?

—La chica que estuvo con él, el viernes por la tarde... Por cierto, que anoche hablé con ella en el bar donde nos reunimos... Y recuerdo que, al referirse a Albert, me dijo que había estado con él hasta las diez.

George palideció.

—No puede ser, ¡a las diez estaba yo con él! ¡Y no había ninguna Jossete!

—Bueno, si tú lo dices... Tal vez la chica se confundió. Volveré a preguntárselo.

—¡Maldita sea! ¿Por qué os metéis donde no os importa? — George, sin darse cuenta, gritaba demasiado por lo que, en circunstancias normales, no hubiese pasado de un asunto trivial.

—Ahora sí veo que el accidente te ha trastornado. Es normal. Bueno, yo sólo vine a hacerte unas preguntas, pero ya me doy cuenta de que no estás en situación de atenderme. Tal vez en otra ocasión.

—¡Espera! —exclamó George, al ver que el otro parecía dispuesto a marcharse.

De nuevo trató de que su voz pareciera más serena, y murmuró:

—Creo que yo conozco a esa Jossete... ¿Qué bar es ése dónde os reunís? Ahora recuerdo que Albert me dio un recado para ella.

—En el Cocktail de París. Allí está ella. Si vas por allí, nos veremos. Y procurar calmar esos nervios, muchacho. ¡Hasta la vista!

Edmond Francen salió, y, aunque George trataba de dominarse, le resultaba imposible. En aquellos instantes pensaba que por lo menos dos personas podían echarle abajo su coartada...

CAPÍTULO XII

Minutos más tarde.

El auto del inspector Serge Marten estaba aparcado en la esquina del hospital. Al volante se hallaba Day.

Serge, en la parte posterior, hablaba con Edmond, que acababa de salir del establecimiento hospitalario.

El transportista ponía al corriente al inspector de la conversación que acababa de sostener con George Marais.

—Evidentemente, estaba nervioso, y apuesto cualquier cosa a que está deseando ver a Jossete.

—Bien... ¿Conoces alguna chica de confianza? —preguntó Serge Marten.

—¿Para que haga de Jossete?

—Exacto.

—Bueno... Conozco a Jossete.

—¿Existe, entonces?

—En el bar hay una chica que se llama Jossete. Justamente estaba hablando con ella, ayer, cuando usted entró.

—Sí. Recuerdo que había una chica. ¿Crees que servirá? Sólo tiene que decirle a George Marais que ella estuvo con Albert Fontain hasta las diez. Nada más, pero que no lo suelte de golpe, como si se tratara de recitar una lección aprendida de memoria.

—No se preocupe, yo le diré cómo tiene que comportarse... Además, ella sabe lo suyo de hacer comedia.

—Bien... —murmuró el policía, rumiando el resumen que Edmond le había hecho de la entrevista sostenida con George Marais—. Según tu opinión, te ha parecido que nuestro amigo estaba nervioso, sobre todo, ante la idea de que alguien pudiera probarle que a las diez de la noche no estaba en casa de Albert Fontain, como pretende hacer creer.

—Bueno. Yo no entiendo de esas cosas, pero lo cierto es que...

por la forma de protestar... en fin, puede que esté nervioso por lo ocurrido...

—Sí, nervioso lo está, no cabe duda...

—Con una mentira, pretende sacar una verdad —sonrió Edmond—. El sistema no es nuevo, pero suponga que Marais dice la verdad.

—¿Se puso nervioso, no? ¿Y sintió deseos de hablar con Jossete?

—Sí, eso sí.

—¿Qué podría importarle a él un detalle tan nimio como la hora...? Las horas de cada persona sólo cobran importancia ante un hecho concreto... Cuando se pretende demostrar que se ha estado en determinado lugar, y el reloj prueba lo contrario...

—Inspector... Todavía no me ha dicho usted por qué hacemos todo esto...

Tras una pausa, el policía tendió uno de los periódicos de la noche, doblado por la página que daba cuenta de la muerte de Sandra.

—¡Cielos! —exclamó Edmond—. Un asesinato... ¿Piensa que George...?

—Sí. Lo pienso, pero que yo lo piense no basta.

—Me gustaría no tener que tomar parte en esto... Es el hijo de un juez y...

—¡Francen! —atajó el policía—. Todo lo que haces es bajo mi responsabilidad... Y créeme que no siento el menor gusto en todo esto. Si algo lamento es que sea precisamente el hijo del juez Marais... Pero Sandra era mi prometida, y, por encima de todo, está el hecho delictivo, que es lo que persigo. Anda, Edmond, escucha las nuevas instrucciones...

—Sí, Marten. Hable.

Una hora más tarde, en el puesto de policía.

El comisario Marbau se sintió honrado e inquieto a la vez en presencia de su ilustre visitante, el juez Marais en persona.

David Marais, por su aspecto físico solo ya impresionaba, pero luego estaba su verbo, su forma de expresarse, de la que emanaba aquella personalidad tan notable, que era lo que sobresalía, desde el primer momento en que se conocía al juez.

Por encima de todo, estaba su fama, que había traspasado los límites del Foro.

A David Marais se le tenía por hombre severo. Severo, pero

justo. Justo, pero humano.

Marais quería hablar con el inspector Marten. Y el propio comisario Marbau le introdujo en su despacho, quedándose él también, a indicación del propio juez, que dio a entender que no le importaba su presencia.

Fue escueto:

—Inspector... Le di mi total autorización, que por otra parte tampoco necesitaba usted, para interrogar a mi hijo. Ya le agradecí la deferencia que me hacía, al pedir mi permiso. Recordará que le dije que mi condición de juez francés no había de ser obstáculo para que usted cumpliese con lo que consideraba un deber.

—Señor, no esperaba menos; sin embargo, pensé que...

El juez atajó rápidamente:

—¡Marten! ¿Por qué no ha interrogado todavía a mi hijo?

—Bueno. El caso es que usted ya lo hizo por mí. Según usted mismo me informó, George le había dicho que estuvo con Albert Fontain desde mucho antes de que Sandra muriese. Así que... de momento, no podría hacerle sino las mismas preguntas que ya le hizo usted. Tal vez más adelante... Con su permiso, me reservo el derecho de tener una conversación con George.

Marbau seguía atentamente aquel diálogo. El juez murmuró:

—Marten... Estoy seguro de que la primera persona en la que pensó usted, tras la muerte de Sandra, fue en mi hijo.

—Pues, sí, señor, no voy a negarlo.

—Perdonen mi intromisión —adujo el comisario—. ¡Marten! ¿Tiene usted alguna base para sospechar del hijo del juez Marais?

El inspector guardó silencio, y fue el juez quien le instigó:

—Hable sin reservas, Marten. Lo único que le he pedido, e insisto en ello, es no hacer comentarios a la Prensa. Siempre habrá tiempo de organizar un buen escándalo.

—Señor... —empezó el comisario—. Nosotros nunca abonamos el escándalo.

—Si mi hijo fuese un asesino, no se preocupe, comisario, que el escándalo sería sonado. Confío y espero, ¡Dios lo quiera!, que todo se quede en meras suposiciones, pero insisto en que Marten me diga si se basa en algo concreto para pensar en mi hijo.

—Señor, soy un mal diplomático. Mi lema es la franqueza.

—Yo adoro la franqueza —admitió el juez.

—Pues, sí, señor, sospecho de su hijo.

El comisario iba a decir algo. Abrió la boca como si acabara de oír una blasfemia de labios de un monje. No tuvo tiempo, sin embargo, de aducir nada porque el juez volvió a intervenir:

—No es que me sienta particularmente orgulloso de mi hijo, pero me cuesta trabajo admitir que pudiera haber llegado hasta este extremo. Quisiera, Marten, que todo esto no fuera un modo de dilucidar pequeñas rivalidades.

—Yo nunca hago causa personal de mi trabajo, señor.

—Pero Sandra era novia suya, últimamente.

—Primero lo fue de su hijo. Y ella me confesó que había sido molestada en varias ocasiones, espiada y hasta amenazada.

—Bien, Marten. Lleve el caso a su modo. Mi hijo siempre estará a su disposición. —Fueron las últimas palabras del juez.

CAPÍTULO XIII

—¡Marten! ¡Marten! —se lamentó el comisario, paseando por la estancia del inspector—. Vamos a meternos en un buen lío, si usted se equivoca...

—Todos podemos equivocarnos, señor. Yo nunca he dicho que fuera infalible.

—Escuche, Marten... ¿Ha buscado en otras fuentes? ¿Qué ha hecho, con referencia a este caso?

—Partir de cero, como en todos, pero con la diferencia de que aquí conocía a un posible sospechoso: George Marais... que se ha apresurado a buscarse una buena coartada, pero que es menos sólida de lo que él cree.

—Oiga... ¿No pudo haber sido un gamberro cualquiera? Desgraciadamente, cada día abundan más, Alguien que hubiera estado en el jardín, escondido.

—¿Esperando a Sandra, precisamente? Ése es un barrio elegante. Vive gente bien. Influyentes, la mayoría... Hasta ahora, los gamberros suelen elegir otros sitios, no en las puertas de las casas, exponiéndose a que los gritos de su víctima puedan oírse... El que atacó a Sandra la esperaba allí. Estaba detrás de algún seto, cuando ella se despidió de mí. No le importaba que le vieran porque es persona que pasa por respetable; por otro lado, esto podría ser un atenuante porque demostraría que, al no andar ocultándose, no tenía intención de matar. Ya ve, señor, que no pretendo ensañarme, aunque si tuviera la evidencia de que había sido él... —Apretó los puños significativamente.

—He leído el informe —murmuró el comisario, cortando momentáneamente la tensión—. Sus pesquisas se limitan siempre a lo mismo...

—Bueno, el juez dijo que su hijo estuvo con Fontain desde las siete y media de la tarde. Teníamos que comprobar si su llamativo

coche estuvo por allí, pero hay tantos en la calle que, uno más, por llamativo que sea, pasa inadvertido. Por este lado, no puedo oponer nada a lo que dice George Marais. Pero ahora estoy convencido de que estuvo con Fontain a partir de las diez.

—Cuidado con sus métodos, Marten. Últimamente, la Prensa no nos es muy favorable, y la figura del juez es demasiado importante, por el respeto que merece a todos los ciudadanos. Un paso en falso y... ya puede suponer lo que ocurrirá.

—Mis métodos no son violentos, señor... Ni tampoco doy tres cuartos al pregonero de lo que hago. El asunto será tratado con discreción.

—Aún así, Marten; preferiría que se encargara de otra cosa... Estoy seguro de que su interés personal le resta objetividad. A partir de hoy, será Willard quien lleve el asunto. No lo tome a mal, Marten, pero tengo que hacerlo. Usted ocúpese del caso de esa muchacha desaparecida. Cada día, sus padres quieren noticias, y no puedo contestarles más que con evasivas. Usted es el hombre ideal para resolverlo.

Marten fulminó con la mirada a su superior, y murmuró:

—¿Por qué no me propone para un ascenso... «señor»? —Y salió del despacho, dando un portazo.

—A pesar de todo, ¿continuará investigando, jefe? —preguntó Day mientras tomaba su segundo plato de la cena de aquella noche en el restaurante cercano al puesto policial.

Un enorme filete, «especialidad de la casa» y especialidad de Day, era la dieta del agente.

—Voy a pedir unas vacaciones. Me las deben. Llevo tres años sin hacerlas. Las solicité para casarme... Diré que me las anticipen.

—Pero si mete la nariz en el asunto... —empezó Day.

—Lo haré a mi modo y como particular. Tengo derecho. Es un asunto que me atañe, como particular. Eso me permitirá usar métodos que no podría emplear como policía.

—Con todos los respetos, jefe... Pero este asunto quema.

—Pues ponte el casco de bombero y termina deprisa esa montaña de carne. A las ocho tenemos que estar en casa de Edmond Francen.

—¿Quiere seguir adelante con esto?

—¿Me has visto alguna vez abandonar un caso a medias, Day?

—No, jefe.

—Pues date prisa. Falta una hora, pero todavía quiero hacer un par de cosas.

A la misma hora, el teléfono había sonado en el cuarto privado que ocupaba George Marais, en el hospital.

Al tomarlo, una voz que le supo lejana, murmuró:

—George... Creo que ya he descubierto tu interés en que todo el mundo crea que a las diez estabas con Fontain en su refugio de montaña...

—¿Eh? ¿Quién es?

—Ya me conoces... ¿no?

—¡Francen!

—Sí. Eso es... Francen, que ha descubierto tu secreto... Supongo que ya sabes a lo que me refiero, muchacho. Tendremos que hablar de este asunto. ¿Cuándo sales del hospital?

—Mañana, pero no sé de qué me hablas...

—De Sandra, amigo... De Sandra Lemon... que murió en extrañas circunstancias, precisamente a las diez. ¿Eh?

Calló un largo rato, pero George, impaciente, gritó:

—¡Francen! ¡Francen! ¿Estás ahí?

—Claro, claro...

—No se te ocurra mencionar esto, ni menos por teléfono.

—¿Por qué te pones tan nervioso?

—¡Oye, escucha...! ¿Es que no lo comprendes? Una insinuación de esta clase, y puedo verme envuelto en un lío, sin tener nada que ver. —Y George trató de que su voz aparentara firmeza.

—¿De veras? Bueno. Mañana, con calma, hablaremos de esto... ¡Ah! Tráete algún dinero. Últimamente, las cosas no me han ido muy bien... Los impuestos suben cada día, luego la subida de los sueldos... Albert me debía dinero, y a lo mejor tú puedes darme algo, ¿eh?

—Me estás proponiendo... —Iba a mencionar la palabra chantaje, pero por teléfono no se atrevió, y optó por espetar—: No vuelvas a llamarme. ¿Me oyes?

El otro colgó, pero la llamada se repitió al cabo de una hora, y Edmond Francen, siguiendo siempre instrucciones del inspector Serge Marten, insistió sobre el asunto, mostrándose incisivamente acusador.

El miedo de George, aun sin poder verle su rostro, quedaba bien patente con sus tartamudeos, sus silencios y vacilaciones, y, sobre todo, con la promesa de ir a ver a Edmond en su domicilio, a la tarde siguiente.

La conversación había quedado registrada en una cinta magnetofónica, que, una hora más tarde, escuchaba el inspector Marten.

Tras repetir el pase hasta cuatro veces, cerró el magnetofón y dijo:

—No hay duda de que está asustado... Si mañana viene con el dinero, sabremos cuanto menos que quiere comprar tu silencio, pero esto no basta. Tiene que confesar. Tú serás testigo, y conmigo vendrán otros dos compañeros. Procura que George hable claramente, que se confiese autor de la muerte de Sandra. Puedes hacerlo. Has demostrado ser un buen comediante. ¡Ah! Te felicito por ello... Escuchándote con la cinta magnetofónica, se diría que eres un auténtico chantajista.

—Si lo dices como cumplido, tengo que alegrarme —sonrió Edmond.

La trampa preparada para George Marais estaba dispuesta y abierta. Todo hacía presagiar que, al día siguiente, el asesino caería en ella.

CAPÍTULO XIV

Lunes, 18,30.

Otro caso, con visos sensacionalistas, ocupó la Prensa del primer día laborable de la semana.

Todos los periódicos anunciaron la supuesta desaparición del presidente de la Unión Francesa de Créditos Comerciales.

En destarados titulares, se especulaba con una pregunta:

«¿Se trata de un nuevo caso de secuestro?»

Se informaba que, al parecer, la desaparición había tenido lugar el viernes, pero que la familia no sospechó cuando la destacada personalidad no acudió a reunirse con ella en el chalet que poseían en Niza. No era la primera vez que el presidente de la Unión Francesa de Créditos Comerciales tenía que aplazar el fin de semana por resolver asuntos urgentes.

El sábado, la esposa del desaparecido recibió una llamada de las oficinas centrales, en la que uno de los secretarios del presidente informaba que había tenido que trasladarse a Londres, por «asuntos importantes».

Tampoco en ello había nada que extrañara a la esposa del presidente, ya que la Unión Francesa tenía asuntos con Londres.

Sin embargo, el lunes, cuando, a la hora habitual, el puntualísimo presidente no acudió, fue llamado a su casa, y entonces se descubrió lo ocurrido.

La llamada la había efectuado una persona desconocida, puesto que ningún secretario se responsabilizó de la misma.

Nadie sabía nada de nada y, por supuesto, el señor Henry Oliart no había tenido que ir para nada a Londres.

Reciente todavía el caso de Sandra, la policía presentía días aciagos.

Las investigaciones sobre la desaparición de Henry Oliart, naturalmente habían empezado, pero se andaba a oscuras.

Para el hijo del juez, el asunto carecía totalmente de importancia, por cuanto, para él, lo que sí era verdaderamente esencial era acallar al chantajista... o al menos a quien él creía un chantajista.

George se dirigía, en aquellos momentos, a la rue Montagne, justo al número 16, donde había quedado citado con Edmond Francen que allí tenía su residencia habitual.

Quince minutos antes, Serge Marten había llegado a la casa, en compañía de dos agentes de paisano, que quisieron colaborar con él, a título de favor personal.

En un callejón cercano esperaba el orondo Day que, por su inconfundible figura, no podía actuar más abiertamente, y tuvo que contentarse con el papel de chófer, que solía realizarlo con habilidad impropia de un hombre de su gordura.

Los tres agentes subieron por el ascensor de la moderna casa de apartamentos, hasta la planta séptima. Encima quedaban otros tres pisos, que completaban la decena con que contaba el edificio, aparte de la azotea.

Un corredor, tres puertas por rellano, correspondientes a otras tantas moradas, y una cuarta puerta, que comunicaba con otro corredor, por el que se llegaba a las mismas viviendas por otras entradas de servicio.

La noche anterior, el inspector Marten, en compañía de Day, había estado allí, observando la planta y sacando un plano mental de la misma, especialmente de la residencia de Edmond Francen.

Guiando a sus compañeros, Marten se metió por el corredor de servicio, que daba la vuelta, de modo que cada una de las puertas coincidiera con la cocina del apartamento a qué pertenecía.

—Por aquí —indicó el inspector—. Francen ha dejado la puerta abierta.

Era la segunda, tras un recoveco del pasillo que, entrando hacia la derecha, dejaba ver al final del tramo la puerta.

El inspector la empujó, encontrándola efectivamente abierta.

Dentro, había luz. Se adivinaba a través del resquicio que quedaba bajo la puerta de la cocina. El silencio era absoluto.

Francen consultó el reloj de manecillas y esfera luminosa.

—Marais no tardará en venir.

—¿Y Francen?

—Voy a advertirle de que estoy aquí... ¡Ven conmigo, Paul! Tú cubrirás la puerta principal, desde el armario disimulado que hay en la entrada. Jean Luc se quedará en la cocina. Yo me meteré en el despacho. Así es como quedamos ayer.

Empujó la puerta y dijo, alzando la voz:

—Somos nosotros, Francen.

Cruzó el pequeño paso que llegaba hasta la sala principal de la casa, y allí, tanto el inspector como el compañero que en aquellos momentos iba con él, se detuvieron en seco.

Había un hombre tendido en el suelo, en medio de un charco de sangre.

Un cuchillo de cocina permanecía a su lado, manchado también de sangre.

A simple vista, podía advertirse que la víctima había sido materialmente cosida a cuchilladas.

—¡Cielo santo! —exclamó el agente compañero de Marten.

Marten se inclinó hacia el cadáver. Se había dado perfecta cuenta de que el muerto era Edmond Francen...

—Esto parece obra de un loco —exclamó el agente.

—O de alguien que pretende que le creamos así...

—¿George Marais? —Adujo el compañero.

—No lo sé...

Entonces surgió la señal convenida con Day que, desde su transmisor portátil, tenía la misión de informar de la llegada de George.

La voz de Day informó:

—Ha dejado su descapotable muy cerca del callejón.

Si mira hacia aquí, puede verme, pero no lo hace. Echa a andar deprisa hacia el portal de la casa... Ahora se detiene. —Seguía Day, dando cuenta de los pasos del recién llegado—. Mira furtivamente a los lados, como si temiera que hubieran podido seguirle.

Como si hablara consigo mismo, el inspector murmuró:

—Esto no tiene sentido. No lo tiene...

—Estás pensando lo mismo que yo, ¿verdad? —inquirió el compañero.

—Supongo que sí. Si él hubiese matado a Francen... ¿Por qué

tenía que volver ahora? Además... Su cuerpo está todavía caliente...

El otro agente había empezado a registrar la casa, con pericia profesional.

—¡Quietos ahora! —advirtió Georges—. Quiero saber lo que hace Marais, cuando vea el cadáver. ¡Vamos! Debe estar ya en el ascensor. No tardará en llegar...

Uno de los agentes, que se había acercado a la entrada principal, hizo notar:

—¡Eh! La puerta principal está abierta...

El rápido ascensor se detenía ya en el rellano.

—¡Fuera, apártate y no toques nada! ¡En el armario! —Añadió, indicando el lugar donde debía esconderse.

La moqueta del corredor ahogó las rápidas pisadas del hijo del juez, que poco después, hacía sonar el timbre musical de la puerta.

Repitió la llamada al advertir que nadie contestaba y, tras otra corta espera, observó que la puerta no estaba cerrada, por lo que la empujó suavemente.

Asomó la cabeza.

Ignorante de que tres pares de ojos estaban pendientes de la más mínima de sus reacciones, avanzó a través del breve *hall para desembocar en el salón de la casa*.

Tuvo que sujetarse en el vano de la arcada, al ver el espectáculo del muerto y, casi de forma inconsciente, musitó:

—No... No. No es posible. —Y acto seguido, abandonó la casa como si le persiguiera un aparecido.

CAPÍTULO XV

—La reacción de Marais no es la del asesino que vuelve a ver a su víctima —sentenció uno de los compañeros de Marten.

—Evidentemente, no —admitió el inspector.

—Es indudable que era la primera vez que veía el cadáver —adujo el otro compañero.

Para el inspector sólo había una pregunta realmente importante. Una pregunta, cuya respuesta era sumamente enigmática:

—Si no ha sido Marais... ¿Quién ha podido matar a Francen? ¿Quién? ¿Y por qué?

Poco después, y cuando todo el aparato policial se ponía en marcha en aquel segundo suceso del lunes y tercero del fin y principio de semana, el comisario estaba al borde del infarto:

—¡Ha obrado usted sin mi permiso, Marten! ¿Para qué? ¿Para que maten a alguien, casi en sus propias narices?

—Tal vez esto simplifique las cosas, señor...

—¿Simplificar?

—Podría ser...

—¿Acaso cree que este crimen pueda tener algo que ver con el de Sandra Lemon?

—No, exactamente, aunque pudiera que, de una forma indirecta, sí tuviese que ver...

—Usted mismo ha afirmado que Marais se comportó como si él fuese el primer sorprendido, y naturalmente asustado.

—Sí, señor...

—¿Y sigue pensando que tiene que ver con la muerte de Sandra Lemon?

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra. Él estaba, precisamente, en aquella casa para hablar con un hombre que suponía iba a hacerle chantaje. Si George no tuviese nada que ocultar, no habría ido allí; habría denunciado el hecho a la policía,

y se hubiese quedado tan tranquilo. A los chantajistas sólo les temen los que tienen algo que ocultar, y han de pagar para comprar temporalmente un silencio.

—No me explique lo que es un chantajista, Marten.

—De acuerdo, comisario. Trato únicamente de establecer que la presencia de Marais en aquella casa se debía a su temor a que Francen pudiera decir a alguien lo que «sabía». Pero algo falló, algo se anticipó al hijo del juez. Alguien...

—Por un motivo diferente.

—Bueno... Se investigará acerca de los posibles enemigos de Francen, aunque esto llevará algún tiempo; entretanto, si no ordena lo contrario, yo proseguiré con lo que todavía no he terminado.

—¿Y dónde piensa ir ahora?

—Al Cocktail de París. Es posible que Marais vaya a ver a cierta Jossete...

—Váyase donde quiera, Marten. Pero no de un paso en falso, no lo dé, o lo sentirá... porque lo sentiremos todos. ¡Ah! Y mañana termina el plazo. Quiero que eche una mano al asunto del presidente de esa sociedad. Otra buena papeleta.

—Bueno, esto será más fácil. Los secuestradores darán señales de vida, y pondrán un precio. Hay que esperar. —El inspector abandonó el puesto de policía para estar cerca de la siguiente visita que se suponía iba a realizar George Marais.

Eran las siete y quince minutos de aquella misma tarde, cuando en el mostrador del Cocktail de París, George Marais tomó, una tras otra, dos generosas dosis de *whisky*.

De momento, le importaba beber para templar sus nervios, tras el espectáculo que había presenciado en casa de Francen.

Jossete, la muchacha rubia que, como casi siempre, llevaba un vestido tan corto por arriba como por abajo, observaba con el rabillo del ojo al nervioso cliente, aunque sin mostrar excesivo interés por él, ni siquiera un interés profesional.

Por fin, George preguntó al *barman*:

—Busco a una señorita...

—Hay varias.

—Se llama Jossete.

El *barman* miró a la muchacha que había permanecido durante todo el tiempo en un extremo del pequeño mostrador.

—¿Usted? —preguntó George, aproximándose.

—Me llamo Jossete. ¿Y tú?

—Bueno... Eso no importa, ahora. ¿Dónde podemos hablar?

—Hablar... lo que se dice hablar —bromeó Jossete—, en cualquier parte. Hay sitio de sobra. Pero si quieres ir a la cava... estaremos mucho más tranquilos.

—Sí, un lugar tranquilo —repuso él.

Ella le indicó una puerta, disimulada tras una cortina, que descorrió.

Luego, tras la puerta, estaba la escalera de caracol, con luces que imitaban candeleros en la pared para iluminar, aunque muy tenuemente, la prolongada bajada.

Al llegar había un rellano, otro pequeño bar, en el que apenas se distinguían las bebidas, y por último, lo que en verdad era ciertamente una cava.

Techo bajo, formando arcadas, decorado imitando hasta la humareda de cualquier lugar parecido, paredes encaladas... de rojo y oscuridad... rota sólo por el flamear de las velas, que quedaban ocultas detrás de las mamparas que separaban los reservados.

Jossete condujo al joven hacia un reservado libre y, con una seña, indicó a una camarera.

—Champaña... —Y con una sonrisa, añadió, dirigiéndose al joven—. Aquí se toma siempre champaña... Ahora, cuéntame tus penas, querido...

—Sólo quería preguntarte si eres amiga de Albert Fontain...

—Lo era y lo soy —respondió ella, tras escrutar el rostro de George, en medio de las tinieblas.

—Ha muerto... en un accidente. Yo iba con él... Pasamos juntos casi todo el viernes, pero... un amigo dijo que tú habías estado con Albert hasta las diez, y estoy seguro de que estás confundida, porque a esa hora...

—¿Qué demonios estás diciendo?

—Mira, Jossete, puede que tú estuvieras con Albert a esa hora, pero si lo dijeras a alguien, podrías comprometerme, ¿sabes? Se trata de una chica que hay por medio... —George trataba de buscar una explicación que pudiera parecer lógica.

Ella cortó:

—¡Oh! Has venido para hablarme de otra chica. Esto no está

bien, pero si tienes interés en que hablemos de Fontain y de la noche del viernes, tendrás que aguardar a que salga del Cocktail de París. Aquí vengo a trabajar, ¿sabes?

—¿Y a qué hora sales? ¿Es que no podemos charlar igualmente? Pagaré el champaña y las botellas que hagan falta...

—¡Oh, me aburre hablar de ciertas cosas...!

—Es necesario... Quiero estar convencido de que tú...

—Después... A las dos. ¿Eh? Eso, a las dos, estaré lista. Espérame fuera... ¿Tienes coche? ¿Sí? Pues encantada, espérame en el coche. A las dos. No te olvides.

Era todo lo que pudo sacar de ella, momentáneamente.

CAPÍTULO XVI

Martes, a las dos de la madrugada.

Jossete, con su andar provocativo, avanzó hasta el descapotable de George que aguardaba a unos cincuenta metros oblicuamente a la entrada del Cocktail de París.

Cuando la muchacha subió, George arrancó en silencio, enfilando una de las calles que conducían a las afueras, por la parte del río.

Después, un corto tramo de autopista para meterse de lleno en los terrenos a medio urbanizar de un parte que no tardaría en convertirse en zona residencial, de gran entidad demográfica.

Allí detuvo el coche.

—¿Y bien? —inquirió él.

—¡Muchacho! ¡Te veo muy serio, por un asunto tan poco importante! ¿O es que estás en un lío?

—Oye, Jossete... Sólo quiero que me prometas que nunca dirás a nadie que el viernes a las diez...

—Y dale que eres latoso, ¿eh? ¿Es que cuando estás con una chica, no se te ocurre decirle nada más...? ¡Qué divertido eres!

—¡Para mí, esto es muy importante!

Casi sin darse cuenta, la sujetó por los hombros, zarandeándola.

—Bueno, me haces daño... ¡Déjame tranquila! —repuso ella, con desdén profesional.

—¡Escúchame, de una maldita vez! ¡Hazme caso!

—¡Edmond debió advertir que estabas loco! —dejó escapar Jossete.

—¿Edmond? ¿Te refieres a Edmond Francen? ¿Hablaste con él?

—¡Sí, hablé con él...!

—Escucha... Edmond está muerto, ¿sabes?

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que oyes... Está muerto. Yo mismo le vi, tendido en un

charco de sangre...

—No... No es verdad.

—Te lo juro... ¡Jossete! Si Edmond era tu amigo, y tú necesitas protección yo... Yo puedo, si tú te portas bien...

Ella se separó, mirando con ojos desorbitados a George.

—Tú, tú le mataste... Eres un loco. Un loco homicida.

—¡Cállate ya! ¡No grites! Eres una histérica... —Trató de sujetarla, pero ella se hizo más hacia atrás, tanteando la puerta del coche, que consiguió alcanzar para abrirla y salir.

—¡No! Ven aquí —gritó él.

Pero ella comenzó a correr entre los desmontes. Sus zapatos de tacón alto, aunque ancho, le resultaban un estorbo, y se despojó de ellos para seguir dando brincos entre la tierra.

—¡Ven, ven! No voy a hacerte daño —gritó George, que había puesto el auto en marcha para proseguir tras ella.

Los faros del descapotable era la única luz, excepto la que marcaba la entrada de las obras, pero quedaba alejada unos quinientos metros o más.

El auto seguía dando vueltas, buscando con sus luces el ondulante cuerpo de la fugitiva.

Y ella, Jossete, ora subía un montón de tierra, ora descendía hacia el hoyo de unos cimientos.

Una vez gritó al caer rodando, pero enseguida se incorporó y, con el vestido sucio por la tierra húmeda y fangosa, continuó su endiablada marcha.

La perdió de vista por unos minutos y, cuando volvió a reencontrarla, estaba ya lejos y, conforme la posición del auto, necesitaba dar un buen rodeo.

Las ruedas, metidas en el fango, patinaron largamente dando tiempo a que ella pudiera alejarse todavía más.

Alcanzó la carretera y unos faros la deslumbraron, por un momento. Era un automóvil que estaba detenido en la oscuridad.

—Suba —dijo una voz.

Ella ahogó un grito al ver descender a un hombre, que avanzaba con paso firme.

—No tema —dijo él—. Soy el inspector Serge Marten... Supongo que Francen le habló de mí.

—Sí, pero ese hombre. —Y señaló hacia donde había dejado a

George— acaba de decirme que Edmond ha muerto.

—Y es cierto. Le han acuchillado.

—¿Eh?

—No lo sabemos todavía, pero no parece probable que haya sido George Marais. Al menos, en principio... Ahora, cuénteme que le ha dicho...

Ella conservaba todavía la agitación y el nerviosismo.

—¡Oh, sí! —dijo, cuando consiguió serenarse un poco más—. Ha admitido que a las diez de la noche del viernes no estuvo con ése... Fontain.

—¿Lo ha admitido?

—Sí.

—Bien... Esto es algo, aunque no suficiente... Ahora, dígame otra cosa, Jossete, —pidió el policía—. ¿Conocía usted bien a Francen?

—Bueno. Supongo que hará cosa de un año, desde que empezó a frecuentar el Cocktail de París.

—¿Conocía a sus amigos?

—A algunos. En realidad, no solía venir con ellos y, cuando estaba conmigo, no me hablaba de sus cosas.

—Trate de hacer memoria... Cualquier detalle, cualquier cosa que recuerde, comuníquemela. Le dejaré mi tarjeta, con mis números de teléfono. —Se la entregó—. Tome, ese de ahí es el particular. Si no estoy en la oficina y no pueden localizarme, llámeme a este otro.

—Pero ¿qué puedo decirle?

—No sé... A veces, un detalle, por insignificante que sea... ¿Sabe si últimamente Francen parecía temer algo?

—Edmond era la persona más alegre y optimista que he conocido. Y seguro que no solía ir demasiado con amigos. Prefería a las chicas... Bueno. Él me decía que a mí... No comprendo... No comprendo quién ha podido... ¡Dios mío! —Y Jossete dejó de ser la chica de apariencia frívola para derramar unas lágrimas, que humanizaron su rostro, un tanto sofisticado por su trabajo, pero hermoso, joven, como si todavía los cotidianos desengaños no hubiesen hecho mella en ella.

Para el policía, el misterio continuaba.

CAPÍTULO XVII

Las tres de la madrugada del mismo día.

El inspector estaba en su casa, sin acostarse todavía, en mangas de camisa, tomando algo con hielo. Pensando.

Había consumido casi una cajetilla de *Gitanes* sin filtro cuando sonó el teléfono.

Era el colega que llevaba el asunto de la desaparición del presidente de la entidad de Crédito.

—Marten. El jefe me ha dicho que vas a echarme una mano en esto... ¿Eh?

—¿Y me llamas a estas horas para felicitarme? —repuso Serge, de mala gana...

—No, no. Escucha. He descubierto algo, que tal vez pueda interesarte. Ya me lo dirás porque a lo mejor podemos matar dos pájaros de un tiro.

—¿De qué se trata?

—¿Sabías que, entre los, deudores de la sociedad, figura ese amigo de Marais?

—¿A quién te refieres?

—Al que se mató con el coche. Albert Fontaine...

—Sí, parece que no tenía bastante dinero con lo que hacía pagar por sus trabajos...

—¿Crees que esto puede ser importante?

—Pues no lo sé...

—Marais y Fontain eran amigos.

—De cualquier modo, no creo que esto tenga nada que ver con la muerte de Sandra Lemon.

—No, pero sí con el asunto de Henry Oliart.

—Este sigue siendo un caso tuyo, en el que todavía no me he metido, amigo. Así es que no puedo decirte nada. Si lo que tratas de indicarme es que Albert era un perfecto simulador, esto ya lo sabía,

pero está muerto, y a los muertos no se les puede interrogar. Buenas noches...

—Siento haberte molestado. Supuse que no dormirías. Me dijeron que habías salido del puesto hace poco y...

—De acuerdo, de acuerdo. Ahora sí que voy a dormir, lo necesito...

Colgó con una decisión tomada: Tras el descanso, iría a casa del juez, e interrogaría abiertamente a George. No tendría otra oportunidad, si le apartaban definitivamente de aquel asunto, y era evidente que su superior, el comisario, estaba decidido a ello.

Media hora más tarde, George llegaba a su casa, tras haber deambulado con el coche en la búsqueda inútil de Jossete, primero, y para desfogarse, después.

Estaba como aturrido, y tenía la sensación de que un cerco se estrechaba en torno a él.

Entró, por fin, en el recinto de su casa, tras abrir el gran portalón que protegía el patio y jardín respectivamente de la casa de planta y piso, vestigio de los tiempos en los que no se escatimaban los espacios abiertos, a la hora de construir.

Metió el coche en el garaje con capacidad para varios otros.

Sólo había el «Mercedes» de su padre, y una motocicleta del propio George.

Pero había alguien más.

Antes de advertir su presencia, le pareció escuchar un leve crujir de zapatos, y luego, unos pies que se movían.

Enseguida fue la voz lo que atrajo su atención:

—No salgas del coche. Da la vuelta y prepárate para salir de nuevo. Iremos a dar un largo paseo.

—¿Eh?

Era una voz susurrante, pero que él había reconocido enseguida, y precisamente por haberla conocido, sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal, erizando el vello de su cuerpo.

—Vamos, amigo —siguió la voz—. No te alarmes, ya no estás en edad de creer en aparecidos...

El propietario de la voz apareció entre las sombras, y la luz del farol que alumbraba la calle, a la parte del tabique del patio, se posó en el rostro del hombre.

Era Albert. ¡Albert Fontain!

—¡No! ¡No es posible! —exclamó George, en un susurro.

Ahora, el escapotable marchaba por la solitaria carretera en dirección al refugio de Fontain.

Albert iba al lado de su amigo, disimulando su habitual aspecto con una despeinada peluca y una barba que terminaba en las patillas. Sus ropas también tenían mucho en común con las que la gente está acostumbrada a ver llegar a los partidarios de ese movimiento de inconformistas holgazanes.

Tras dejar la ciudad lejos, y después de un silencio que George no parecía atreverse a romper, soltó, al fin:

—Entonces... ¿Quién era aquel hombre que supusieron eras tú?

—Ya no importa que lo sepas, amigo... Se trata, nada menos, que de mi jugada maestra... He tenido que hacer ligeros retoques, pero no puedo quejarme de los resultados. Pero ahora te necesito a ti. Hay mucho dinero en juego. Tú no lo necesitas. Es decir... No lo necesitas hasta ahora, pero las cosas van a cambiar. La policía te pisa los talones, y en estos casos, lo más aconsejable es poner tierra por medio, a menos que tu padre pueda echarnos una mano, la los dos, claro.

—¡Oh, no! No mezcles a papá... Para él, la ley lo es todo... Pero todavía no me has dicho quién era el que ocupó tu lugar. Y cómo diablos pudieron confundirlo.

—Porque estaba carbonizado. Allí no había nada que reconocer... A cambio del desagradable olor a carne quemada... pudo pasar por mí, sin dificultades...

—¿Quién?

—¿No has oído hablar, últimamente, de Henry Oliart?

—¡Qué! ¡Henry Oliart! El presidente de esa sociedad, al que buscan por todas partes... ¡Cielos! Pero... ¿Cómo ocurrió?

CAPÍTULO XVIII

Estaban en el refugio de montaña. Sobrios, los dos, muy distinto, aquel amanecer del martes, al atardecer del viernes. ¡Cuántas cosas habían ocurrido!

George continuaba con el asombro reflejado en su semblante. Un asombro y estupor que iban en aumento, a medida que avanzaban las explicaciones de Albert Fontain.

—Pues sí —decía el que estaba oficialmente muerto—. Cuando el viernes pasado llegaste a mi casa, estabas demasiado preocupado de tus asuntos para darte cuenta de que yo tenía un problema todavía mayor que el tuyo, si cabe...

—No entiendo...

—Tengo un defecto, amigo mío. El defecto de muchos, que me gusta vivir bien, y hay gente que cree que con tantos o cuántos miles de francos, uno puede darse la gran vida... Eso lo dicen los que no tienen nada, los que nunca tendrán nada porque a nada aspiran. Vivir bien es hacer todo aquello que te venga en gana, sin tasa, sin restricciones... Abrir el grifo y que salga el dinero que se precisa... A veces, se consigue jugando, en los casinos de Cannes, o de Niza, o en la costa Encarnada. Otras veces, se pierde. Y la mala racha sigue, y entonces se está peor que al empezar.

—¿Perdiste mucho dinero?

—El suficiente para tener que pedir un crédito, pero los créditos vencen, y los presidentes de las compañías, aunque sean jóvenes y con cierta amistad, quieren cobrar...

Hizo una pausa, y añadió:

—Falsifiqué unas entregas a cuenta. La firma de Oliart es muy fácil para mí. Incluso, en su propia oficina, la admitieron como buena. Él se dio cuenta, y vino con los dos cheques.

—¿Por qué no fue a la policía?

—Porque sabía que, si me echaban mano, él ya nunca cobraría,

y, ante todo, quería su dinero. Discutimos. Bueno, no vale la pena perderse en detalles. Le maté.

George no contestó. Dejó que su resucitado amigo continuara.

—No sabía qué hacer, y decidí meterlo en la maleta del coche, y esperar a que el tránsito desapareciera para desembarazarme del cadáver. Volví a subir para dejar la casa tal y como estaba antes de la pelea. Entonces me llamaste tú, con tu maldito problema... En mi mente comenzó a forjarse un plan que todavía quedaba inconcreto y algo confuso, pero que, poco a poco, fue tomando cuerpo.

George continuó igualmente silencioso para que Albert prosiguiera el relato.

—Tú necesitabas una coartada, y yo, otra... Los dos habíamos estado juntos, desde las siete y media de la tarde. El reloj de Oliart se detuvo a las siete y treinta y cinco minutos. Era la hora de su muerte.

Pausa y prosecución, ante el creciente interés de George.

—Nos necesitábamos mutuamente, pero tú, en aquellos momentos, no podías comprender nada, y al final estabas demasiado borracho. Así que, tras nuestra estancia aquí, en el refugio, ya tenía decidido lo que había que hacer. Iríamos al bar de Getty a divertirnos con un par de chicas, luego las invitaríamos a mi refugio, pero por la carretera, ¡zas! El accidente en el punto preciso, donde más profundo es el precipicio. Todo ardería... Incluso Henry Oliart... Pero, oficialmente, Henry Oliart sería yo... Tiene un par de años más, pero su constitución física es parecida. Luego, asado por completo, ya nadie podría reconocerlo. Tú, por supuesto, estarías al corriente de todo.

—¿Y las chicas?

—¿Qué más da? Tú acababas de cargarte a una, y yo, a un tipo. La guillotina sólo puede cortar la cabeza una vez, pero yo ni siquiera he pensado en esa posibilidad. En fin, las cosas no salieron totalmente como pensaba... Y el accidente ocurrió de verdad. Sí. De verdad. Pude saltar a tiempo. Cuando llegué donde había quedado el coche, vi que todavía vivías... Saqué el cuerpo de Oliart, y lo metí donde lógicamente tenía que haber estado yo. Provoqué la explosión del depósito de gasolina, y me aseguré que Oliart quedaba lo suficiente carbonizado para que no pudiera reconocerle ni su esposa. Después dejé por allí mis efectos personales. Lo siento,

no pude auxiliarte porque habría estropeado todo el plan.

Suspiró para añadir:

—Desaparecí. Llamé a la esposa de Oliart, fingiéndome un secretario. Esto me daba tiempo, y entretanto no es difícil ocultarse...

—Pero con esto, me hacías un flaco servicio, Albert... Tu muerte oficial no puede reforzar mi coartada.

—Esto era lo de menos... Soy decorador, me gusta la comodidad y las innovaciones. Mi casa está llena de ambiente musical, de reproductoras, de magnetofones. Se graba desde que suena el timbre hasta que el amigo o la chica se van. Se graban las conversaciones con los clientes que quieren «cosas nuevas» para sus chozas. Trato de captarles la idea a base de escuchar repetidamente sus peticiones. Es casi un *hobby*, *del que muchos están al corriente... Basta con reproducir la escena de tu llegada oficial a las siete y media del viernes.*

—Hummm —murmuró el hijo del juez.

—Bueno. Ahora ya no es tan fácil. Ese polizón anda al acecho. Te cercan... Por eso te dije que seguimos necesitándonos mutuamente, y nos conviene tener dinero, por si acaso.

—¿Qué te propones?

—Tengo el talonario casi completo de Oliart... Puedo sacar el dinero que quiera, sin que nadie sospeche...

—Pero... ¡Es muy arriesgado!

—¿Por qué tiene que ser arriesgado? Si firmo cantidades que no sean exageradas, con fecha anterior a la de su desaparición, ¿cómo van a poder sospechar? De cualquier forma, es un riesgo que debemos correr, pero yo no puedo. La gente de ese Banco. —Mostró el talonario del muerto—, me conocen demasiado. ¿Te conocen a ti, acaso?

—¿Qué Banco es? ¡Ah, el Crédito Parisiën! No. No me conocen, pero...

—Hay que prevenirse, muchacho, y dejarlo todo bien preparado...

—Sí... Pero hay una chica que dice que estuvo contigo. Jossete...

—¿Eh?

—Entonces... todo era una trampa. —Comprendió George.

—Debes andarte con cuidado, y no fiarte de nadie. Ni de tu propio padre, si es preciso...

—¿Y... Edmond Francen? Él también dijo que nos había visto salir de la casa después de las diez... De él partió todo. ¡Cielos! ¡Y quiso hacerme chantaje!

—¡Esto es obra de la policía! —repuso el decorador—. Claro que bien poco podrá probar... Francen ha recibido su merecido.

—¿Te enteraste de que le habían matado? ¡Oh! ¡No! No puedes haberte enterado, Albert. Si han debido asesinarle esa pasada tarde y... —Se interrumpió, comprendiendo de pronto, antes de que Albert, sonriendo, dijera:

—A Edmond Francen también lo eliminé yo...

—Pero...

—Me descubrió por la calle.

—¿Ibas por la calle?

—Bueno, no iba anunciando quién era. Además, no era aquí; en St. Dennis. Allí nadie me conoce, pero tuvo que ser él. Logré decir que se trataba de una confusión, y que me disponía a arreglar las cosas para resucitar oficialmente. Bromeé incluso para que creyera que era verdad. Con la excusa de pagarle lo que le debía, me permitió que fuese a su casa. Allí le llamó la policía, el inspector Marten... ¡Francen, tratando con la policía! No pude oír muy bien, pero deduje que te tendían una trampa. Para el caso era lo mismo, Francen ya estaba sentenciado; no podía permitir que dijera que me había visto. Yo debo continuar muerto. Así que... cogí lo primero que tenía a mano... No fue agradable, pero cuando se ataca sin que la víctima pueda defenderse, tiene un tanto por ciento de posibilidades de que todo salga bien. Después de la primera cuchillada, vienen las otras. La víctima gime... se contorsiona, expresa sorpresa y terror a la vez... Es casi agradable, y vas pinchando, pinchando, pinchando...

—¡Basta! ¡Basta! Estás loco...

—¿Qué te pasa, muchacho? Estamos en las mismas condiciones, ¿no? Nuestros destinos están unidos, encadenados. La suerte del uno será la del otro. Bueno, basta de divagar; tenemos que preparar lo del magnetófono... y ahora mismo, desde aquí. Después, sólo tienes que ir a mi casa. Hazlo por la noche. Te daré la llave... Mañana. Hoy podemos descansar. Luego irás a cobrar el dinero en

varios cheques y en distintas sucursales. Todo saldrá bien... Todo...

CAPÍTULO XIX

Martes, 10 horas.

—Lo siento —dijo el juez Marais—. Mi hijo no está en casa... Ha llamado esta mañana, diciendo que está con unos amigos y que se irá a la costa. Lo siento, Marten. Esto no es agradable para mí.

—Lo comprendo, señor. Tampoco lo es para mí —repuso el inspector, en el *hall de la casa del juez*.

—¿No está decidido todavía a decirme lo que piensa, Marten? —preguntó el juez, con su sempiterno aire severo.

—No tengo pruebas válidas delante de una sala de justicia, señor, pero su hijo mintió al decir que había estado desde las siete y media en casa de Albert Fontain.

—Ya.

—Quisiera interrogarle.

—Ordenaré a mi hijo que se presente, en cuanto vuelva.

—Sé que esto... debe ser muy doloroso.

—Nuestras misiones, Marten, nunca son agradables, pero cumplimos con un deber. Adiós, inspector...

Apareció la señora Marais, con su aspecto tímido, casi asustadizo.

—¿Qué quieres, Anne? —preguntó el magistrado.

—Una llamada telefónica. Preguntan por el inspector.

—Disculpe —repuso él—. Dejé dicho que estaría aquí.

—Pase a mi despacho, y hablará desde allí —contestó David Marais.

En aquel severo santuario del juez, Marten tomó el teléfono. Era de la central.

—Marten... Alguien trata de cobrar un talón de nueve mil francos, con la firma de Henry Oliart.

—¡Esto no es asunto mío! —contestó el inspector.

—Tal vez si te dijera que quien trata de cobrarlo es el hijo del

juez... —repuso la voz del colega encargado de esclarecer la desaparición del presidente de la Sociedad de Crédito.

—¿Qué? —E instintivamente, el policía miró al juez, cuyo gesto no le pasó inadvertido.

—Hemos recibido noticias de que otro Banco ha hecho efectivo una suma de siete mil francos... La han pagado porque la fecha es anterior a la del secuestro... Pero la descripción que ha dado de la persona que ha hecho efectivo el talón parece que corresponde al mismo individuo.

—¿Dónde está ahora? —preguntó el inspector.

—En la sucursal de la me dé Rubens... ¡Ah! Éste es el tercer talón... Esto es lo que ha llamado la atención a la central... Todos los controles tienen que pasar por ahí.

—Que retengan a George Marais, y que manden dos coches, por los menos. No quiero que escape.

Colgó el teléfono, y miró fijamente al juez, que le interrogaba con la mirada.

El policía murmuró:

—Su hijo, parece que ha cobrado tres talones, firmados por Henry Oliart.

—No es posible...

—Voy a averiguarlo.

—Marten. Iré con usted...

—Señor...

—He dicho que iré con usted. No puede impedírmelo.

El policía asintió.

George estaba en el Banco, esperando que le hicieran efectivo el tercero de los talones presentados. Comprendió que la espera era anormal, a pesar de que aquella sucursal no disponía de los métodos modernos de identificación de talones bancarios.

Paseó, con aspecto tranquilo, aunque estaba lejos de tener aquella serenidad que intentaba aparentar.

Al mirar a través de la puerta hacia la calle, vio el coche policial aparcando a un lado de la misma, y comprendió la encerrona.

No perdió la calma, y se dirigió hacia el mostrador.

—¿Tardarán mucho todavía? Tengo un poco de prisa.

—Disculpe, señor. Se trata de una comprobación rutinaria. Sólo dos minutos...

—¿Quiere indicarme dónde está el excusado?

—¡Oh, sí! Al fondo, por el corredor de la izquierda.

Gracias...

El hijo del juez siguió el camino indicado, como un cliente cualquiera que hubiese sentido una necesidad fisiológica.

Pero tan pronto como entró en el departamento de «caballeros», observó las ventanas. No había.

Salió y se metió en el de señoras.

Un grito femenino llamó la atención a los empleados del departamento más próximo.

Pero George había encontrado la salida... Daba a un patio y, desde allí, podía subir por una escalera de hierro hasta un tejadito.

Corrió desesperadamente hasta alcanzar la casa vecina. Había un callejón intermedio, y saltó, sin medir las consecuencias.

Tuvo que correr y correr, subir y bajar, con la sensación de que le estaban pisando los talones.

De que la calle se iba bloqueando con coches policiales. De que docenas de policías le encañonaban.

No supo cómo alcanzó la azotea de unos almacenes. Era como una terraza de recreo, con bar y una terracita más baja, con juegos infantiles. Lo cruzó todo, siempre con el desespero propio del hombre acorralado.

Se encontró en la calle, paralela al Banco, pero por la parte posterior.

Abandonó el coche que había dejado cerca de la entrada. En aquellos momentos, sólo pensaba en escapar, escapar.

Un autobús del servicio público le ofreció la solución. Detrás sonaban las sirenas de la policía, y George se lanzó del autobús en marcha para meterse en una bocacalle y continuar su loca carrera.

Tampoco supo dónde iba hasta que se encontró frente al hospital provincial.

Sólo llevaba veinticuatro horas fuera de aquel centro donde fue atendido de sus heridas, pero le parecía que de todo aquello hacía ya un siglo.

Entró en el patio.

Luego se metió dentro y, jadeante, se quedó apoyado en un corredor.

«Tercer piso», pensó...

Se dirigió, como un visitante más, hacia el ascensor. Se creyó la persona más afortunada del mundo, al encontrarse con Ofelia Marconi.

—Hola saludó ella, con una sonrisa amplia, sincera.

—Hola —susurró él—. Te estaba buscando...

CAPÍTULO XX

—Sólo dispongo de media hora para el pisolabis... No puedo estar con usted —sonrió ella.

Se hallaba en el cuarto de enfermeras. No había nadie más. A un lado estaban los armarios roperos. Luego otro armario para las provisiones de cama de una sección de la planta, cuarto para otros objetos, incluida la limpieza, y la sala general, que las enfermeras utilizaban para vestirse, para sus descansos, para leer entre pausa y pausa o para desayunar o tomar un refrigerio, como hacia Ofelia.

—¿Cuándo vas a salir? —preguntó él.

—A mediodía. Llevo toda la noche seguida. Hay mucho trabajo, y faltan chicas.

—Bueno. Te esperaré.

—Falta más de hora y media. No puedes estar aquí.

—¡Oye, hazme un favor...! ¿Tienes un coche, verdad?

—Si le quieres llamar así. Es un «2 CV».

—Bueno. Iremos juntos a... dar un paseo. ¿Eh?

—Estoy agotada. Necesito descansar unas cuantas horas. De veras... El sábado libre... Si todavía tiene ganas de invitarme...

—¡Tiene que ser ahora! —repuso él, frenéticamente.

—Ahora, no puede ser...

—Pide permiso...

—Por favor. No seas chiquillo.

—¡Ofelia! Quiero que vengas ahora... —La sacudió por los hombros, sujetándola con fuerza.

—¿Qué te pasa? Anda, suéltame... Me haces daño...

—Salgamos ahora.

—¡No! Ella se separó bruscamente.

George avanzó hacia la enfermera, con los ojos saltones.

—¡Detente! ¿Qué es lo que te pasa?

—No me gustan las negativas, Ofelia. ¡Vamos! Esto es muy

grande. No van a echarle de menos.

Volvió a sujetarla...

Ella soltó el bocado. Necesitaba de sus fuerzas para librarse de George, que la atenazaba, apretando más y más...

Ella jadeaba, imposibilitada de zafarse de aquel brutal acoso...

La muchacha trastabilló y fue a parar con la espalda contra una mesa. Cayó, y él cayó encima.

Casi como si fuera por la fuerza de un imán, los labios de George buscaron la boca de la enfermera.

—No, no... —espetó ella.

No era el beso lo que ella temía. Sino la forma de darlo, los ojos de George, fijos, como los de un orate, la expresión y aquella fuerza brutal, desposeída de humanidad...

—Entonces... era cierto... Era cierto... —musitó ella.

Para tratar de impedir que se moviera, los dedos de George buscaron el cuello de la joven. Se aferraron a él.

—Era cierto... —susurró ella, ahogándose ante aquella presión.

—Calla, calla... Tienes que venir conmigo... Necesito tu coche... Necesito tu...

—Era cierto. Tú... Tú lo dijiste... —No concluyó. Alguien acababa de entrar y, al presenciar la escena, gritó:

—¡Auxilio!

Era una muchacha, y llegaron otras. George no era más que una bestia acorralada. Buscó una salida, y saltó hacia adelante, embistiendo a las mujeres.

Corrió por el corredor y, antes de que pudiera ser alcanzado, llegó a la explanada.

Había un formidable aparcamiento, repleto de coches. Buscó afanosamente hasta que encontró uno con las llaves puestas. Se alegró de comprobar que era un auto rápido.

Saltó sobre el volante y dio el encendido. Salió, pisando a fondo el acelerador.

Después tuvo noción de las lejanas sirenas de la policía buscándole tal vez, pero él seguía su marcha, a más de cien kilómetros, sorteando vehículos y semáforos, enfilando calles de dirección prohibida... Hasta llegar a la autopista y, de allí, tras unos cuantos kilómetros de rodar a tope, enlazó con la carretera secundaria.

Más allá estaba la otra, la del refugio. Si podía alcanzar la casa de Albert Fontain, estaría a salvo. A salvo...

CAPÍTULO XXI

A la misma hora, el inspector Marten llegaba al hospital y, seguidamente, pasó a ver a Ofelia Marconi, a la que sus compañeras habían tendido en una cama auxiliar, en una de las enfermerías. Un doctor acababa de examinarla.

—No es nada importante —dijo—. Pero pudo serlo.

Autorizó al policía a que le hiciera unas preguntas.

Ella se limitó a decir...

—Yo pensé que... deliraba... Muchos lo hacen... Pero durante la primera y segunda noche que estuvo aquí, repetía siempre lo mismo... Que él *no quería*...

—¿No quería que? —preguntó Marten.

—No quería *matarla*.

—¿Matarla?

—Creo que hablaba de una mujer, luego mezclaba las cosas: «accidente», decía, y añadía que estaba demasiado borracho... Pero la palabra accidente la relacionaba cuando hablaba de «ella». No pude entender el nombre. Ya le dije que entonces no me fijé demasiado... Pero ahora...

—Tranquilícese...

—Inspector... Leí los periódicos... los que hablaban de la muerte de esa chica... Sandra.

—Sí...

—Alguien me dijo que George Marais y ella habían sido... ¡Dios mío! No sé lo qué pensar...

—Un delirio no puede ser considerado como prueba, Ofelia, pero George no deliraba. Era su subconsciente el que le hacía hablar...

—Entonces. ¿La mató?

—Sí, no le quepa duda. Y con usted, hubiese hecho lo mismo. Seguro. Ande, descanse ahora.

—¿Le cogerán?

—Sí. Le cogeremos.

Cuando el policía se dio la vuelta, se encontró con el juez. Con él, había otros agentes.

—¿Va a perseguirle? —preguntó Marais.

—Quiero hacer unas comprobaciones primero, señor.

—¿Sabe dónde se ha dirigido? —Siguió David Marais.

—Sí. Imagino que sí...

Serge Marten perdió algunos minutos en hacer las comprobaciones.

Primero fue al laboratorio para repasar unos informes.

Tomó el que correspondía a Albert Fontain, y que testificaba su muerte.

—No se especifica la hora, doctor...

—No se me pidió. Además... El cadáver se quemó tanto, que dañó considerablemente las vísceras. Sólo se trataba de establecer la muerte... Un golpe en la cabeza, mortal, de necesidad. Cuando comenzó a arder, era ya un cadáver. Es la rutina de los accidentes...

—Pues habrá que hacer un nuevo examen al cadáver... Pediré orden de exhumación...

—¿Eh?

Poco después, hablaba con el comisario:

—Es una corazonada, señor... pero esos cheques falsos...

—¿Falsos?

—Hay pequeñas anomalías en las firmas... Cosas que, si Henry Oliart no hubiese desaparecido, tal vez no se les habría dado importancia... Pero, dado el caso, los del Banco han hecho bien en informar...

—¿Qué quiere decir?

—Creo que ya le dije que Albert Fontain es el mayor sinvergüenza que he conocido. Nunca se le pudo coger en cosas serias, pero la falsificación no es ajena a sus manejos... Además, he tenido oportunidad de pedir y leer un informe de personas que han seguido de cerca su vida. Sin detallar demasiado, se puede considerar que Fontain, aun ganando más dinero que usted y yo juntos, él, en un mes, nosotros, en un año, necesitaba mucho más; era jugador, y había perdido hasta doscientos mil francos en una sola noche... Bueno, la historia sería interminable, pero prueba que

por lo menos es capaz de falsificar la firma del presidente de la Sociedad de Crédito... Pensé en ello, cuando me enteré de que Fontain figuraba como deudor de esa sociedad.

—¿Trata de decirme que puede estar vivo?

—Y de que el muerto es Henry Oliart. Pero esto lo sabremos en cuanto llegue al refugio de montaña de Fontain.

Habló por los radioteléfonos, ordenando a los hombres que comenzaran a marchar, dirigiéndose al refugio de Fontaine.

—¡Marten! —llamó el comisario.

—¿Señor?

—En lo referente a Marais...

—Sí, lo sé... No se podrá evitar el escándalo, pero lo intentaré. Ya le dije que a pesar de lo que siento... no hay nada personal. —Y salió del despacho para unirse a los que ya habían puesto rumbo al refugio de Fontain.

El primero de los coches lo conducía el orondo y ágil Day.

CAPÍTULO XXII

Dos horas después... Las últimas del drama.

Day subía la empinada y curvilínea cuesta a todo gas.

A través del teléfono, pudo informar a su jefe, que enfilaba ya las primeras rampas:

—Creo que ya lo tengo, señor. Es un coche color crema. Un «Ferrari».

—Sí. Es justo el que robó del patio del hospital —replicó la voz de Marten.

Efectivamente, George, en su desespero, se daba perfecta cuenta de que los demás le estaban pisando los talones. Cierto que él llevaba un coche rápido, pero la carretera era un continuo inconveniente.

George nunca había sido demasiado buen conductor, y tenía que frenar constantemente.

Day, por el contrario, con un auto «arreglado» para poder competir, aunque técnicamente fuese inferior, sacaba mucho mayor partido.

Igualmente, Serge Marten estaba demostrando su temple ante el volante, en la cuesta ascendente, pero no por ello menos peligrosa.

Day seguía siendo el más próximo al fugitivo.

George no podía con la tensión. Se sabía «cogido».

Pisó a fondo, jugándose el todo por el todo. Eligió mal el lugar. Trató de frenar cuando vio la doble curva.

¡La misma del primer accidente!

¡La misma!

El «Ferrari» se despeñó desde lo alto, dio varias vueltas de campana, luego el depósito de la esencia estalló, a consecuencia de algún contacto eléctrico.

La explosión rompió el silencio del lugar. Luego, la llamarada final, que era como el epílogo.

George quedó completamente carbonizado.

Los coches habían rodeado el refugio.

Fontain no se resignó a ser atrapado. Disparó con un rifle automático.

—¡Cúbranse! —ordenó Marten, ya junto a sus hombres, y él avanzó hacia la casa.

El decorador soltó otro par de disparos, que casi rozaron al inspector, el cual seguía con el «Colt» en la mano.

Su enemigo le encañonó para afinar mejor la puntería. Marten apuntó también y disparó primero con extraordinaria precisión. Albert Fontain cayó hacia atrás, con un balazo en la cabeza.

Serge Marten estaba en casa del juez.

—Quiero que sepa que he decidido retirarme... En realidad, no es por lo de mi hijo... Pero quizá pueda hacer mejor labor estudiando las causas por las que, de buenas familias, surgen jóvenes como George, como tantos otros George...

—No se atormente, señor... En todas las épocas ha ocurrido. No culpemos a la nuestra. Mi padre solía decir que la maldad se lleva dentro... Yo no diría tanto, pero sí algo hay de ello; la inteligencia sirve para poder superar esa especie de enfermedad, pero créame, señor. No es ni esta sociedad, ni otra. Es porque, desde que el mundo es mundo, siempre ha habido gente de todas clases... Adiós, señor. Y lo siento.

—Nunca sienta cumplir con su deber, Marten... Ojalá todos pensaran como usted.

—Y como usted, señor. Y como usted —repuso el policía, poniendo punto final.

EPÍLOGO

Había transcurrido ya algún tiempo, y Serge Marten aceptó unas vacaciones, que no sabía en qué emplear.

Acaso aquella tarde, deambulando por el bulevar, cambió de opinión al ver a Ofelia Marconi.

—¡Hola! —se saludaron mutuamente.

—¿Cómo va esto? —preguntó él.

—¡Oh, bien! Hoy he empezado las vacaciones. Voy a la costa. Sólo diez días... ¿Y usted? ¿Persiguiendo criminales?

—Ahora, no. También tengo permiso... ¿Dice que va usted a la costa?

—Sí. ¿Y usted, dónde va?

—Pues no sé...

—Venga con nosotras... Bueno, somos un grupo de cuatro amigas... Pagamos cada cual lo suyo, ¿eh? Es la costumbre.

Serge la miró largamente... Para él, en aquel instante, Ofelia se le antojaba como el prototipo de la otra juventud, la sana, la de mente y cuerpo limpios... que vivían simplemente, y le pareció que aquello era todo.

No quería pensar en el pasado. No, no quería. Había cosas demasiado amargas, cosas de la profesión, cosas que le habían afectado demasiado directamente...

—Bueno —decidió—. Creo que... que iré también a la costa. —Y luego se puso al lado de ella y caminaron juntos...

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

